

EL ENTERRAMIENTO CAMPANIFORME DEL TUMULO 1 DE ALDEAGORDILLO (AVILA)

J. FRANCISCO FABIAN GARCIA

A principios del año 1991 y a propósito de los trabajos relacionados con el Inventario Arqueológico de Avila, fueron descubiertos una serie de túmulos en el paraje denominado **Aldeagordillo**, finca situada a escasos 2 Km. al Este de la capital abulense, en la primera línea del reborde montañoso Norte del Valle de Amblés. De los cuatro túmulos reconocidos en un principio, que luego resultarían ser algunos más, dos de ellos habían sido completamente vaciados por los furtivos en fechas recientes. Otro, quizá el más visible de todos, había sufrido dos remociones, una lateral, ocupando un espacio de 3 m² y otra en el centro del abultamiento, de 0,50 m. de diámetro. Lo accesible del paraje, la frecuencia con que el lugar es visitado como zona de paseo, unido a la grave incidencia de furtivos destruyendo uno de los túmulos y tocando el contiguo, determinó que fuera planificada una excavación de urgencia, llevada a cabo finalmente entre finales de 1991 y principios de 1992. La financiación corrió a cargo de la Consejería de Cultura y Turismo de Castilla y León a través de la Dirección Gral. de Patrimonio y P. C. Aunque las excavaciones no han concluido en su totalidad, para lo que interesa a esta publicación, pueden darse por válidos los resultados obtenidos hasta el momento sin demasiados riesgos. Sirva, pues, este trabajo como adelanto a la memoria final, para que la investigación del problemático mundo de lo campaniforme pueda hacer uso lo antes posible de un documento más en el empeño de esclarecer su verdadera entidad y significado. Los objetivos de la última fase de excavación comprenderán aspectos más propiamente complementarios de la investigación en conjunto, sin abordar aspectos claves en la comprensión general del enterramiento.

Es obligado mostrar aquí mi gratitud a D. Juan José Pindado, propietario de la finca, por todas las facilidades dadas para realizar nuestra investigación. También a los responsables de la Guardia Civil de Avila que hicieron posible la vigilancia del yacimiento en el transcurso de las excavaciones, al Ayuntamiento de Avila y a J. S. Herrero Pascual y a J. Navarro Martín que realizaron el plano topográfico.

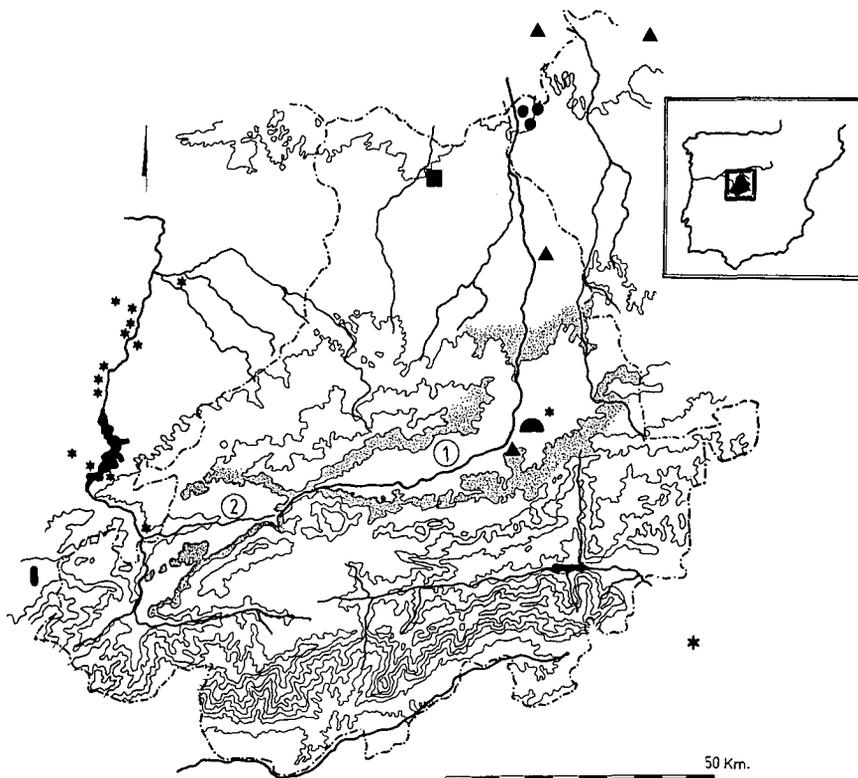
EL YACIMIENTO DE ALDEAGORDILLO

Está situado en el extremo oriental del Valle de Amblés, sobre un dique de aplitas cuya dirección es Este-Oeste. La altitud del yacimiento con respecto a la parte del valle que domina es de 110 m.; la altitud en relación con el nivel del mar es de 1.201 m.; las coordenadas geográficas referidas al M.T.N. Escala 1:25.000 N.º 531-II son: Lat. 40º 39' 16"; Long. 04º 39' 04".

El paisaje actual del yacimiento y su entorno está constituido por dos unidades diferentes: por una parte están las tierras del valle, carentes de vegetación arbórea o ceñida, a lo sumo, a las riberas de arroyos y riachuelos; son tierras dedicadas actualmente al cultivo, causa determinante de la deforestación aludida. La otra unidad la constituyen los terrenos que bordean el valle, poblados abundantemente de encinas y carrascos creciendo entre los afloramientos graníticos que salpican el terreno.

El yacimiento se encuentra situado sobre una pequeña meseta que domina ampliamente toda la zona oriental del valle; queda respaldado en parte por un fuerte alforamiento de aplitas, destruido en parte hace algunas décadas al ser aprovechado como cantera. El interés defensivo que con cierta frecuencia se le atribuye a asentamientos como éste debe ser reflexionado seriamente, al menos para lo que tiene que ver con los valles del reborde montañoso Norte de la Sierra de Gredos, es decir, los Valles abulenses de Amblés, del Río Corneja, alto Tormes y zona en torno a Béjar, ya en la provincia de Salamanca. Las recientes investigaciones en estas zonas han permitido conocer un importante número de yacimientos cuyo patrón de asentamiento parece prácticamente en todo similar: extensión muy reducida, gran proximidad entre unos y otros, situación en torno a batolitos graníticos de más o menos envergadura, pero siempre capaces de proporcionar cobijo del frío viento del Norte que allí arrecia durante el invierno. Más bien parece que sea esta la causa y no la defensiva, ya que en la mayoría de los casos, por mucho que los asentamientos se encuentren en altura, sería muy difícil organizar la defensa en ellos. Por otro lado, se observa como cuando hay una verdadera búsqueda de la defensa los poblados se ubican en lugares considerablemente altos, perfectamente destacados y con unas condiciones defensivas que no ofrecen lugar a dudas. El yacimiento de Aldeagordillo, como el cercano de La Peña del Aguila (López Plaza 1974) o Los Itueros en el Valle de Amblés, Las Cabezuelas o El Bujo en el vecino Valle del Corneja o La Marisela y El Chorrillo, ya en la provincia de Salamanca están concebidos en función de su proximidad al valle que explotan y, luego, buscando un cobijo fácil. Los escasos yacimientos presuntamente defensivos conocidos en esta zona no tienen en cuenta esas mismas condiciones, buscan claramente protegerse de otros peligros. Esa misma claridad en la búsqueda de lo defensivo, cuando eso es lo que se busca, no va a verse hasta las etapas sucesivas, hasta el principio de la Edad del Hierro.

Aldeagordillo es conocido para la investigación desde la breve publicación de las excavaciones llevadas a cabo en 1970 por J. J. Eiroa en el yacimiento (Eiroa, J. J. 1973). Consistieron aquellos trabajos en un sondeo de 22 m. en los que no se documentó ninguna estructura concreta, se recuperaron algunos materiales y



- * Dolmen
- ▲ Enterramiento campaniforme en fosa.
- Enterramiento colectivo en fosa.
- ▮ Cista no campaniforme.
- Enterramiento individual calcolítico en fosa.
- ◐ Túmulo campaniforme.
- - - LIMITE PROVINCIAL.
- ① VALLE DE AMBLES.
- ② VALLE DEL RIO CORNEJA.

Fig. 1. Hallazgos funerarios correspondientes al calcolítico/Bronce Antiguo en la provincia de Avila y su entorno inmediato.

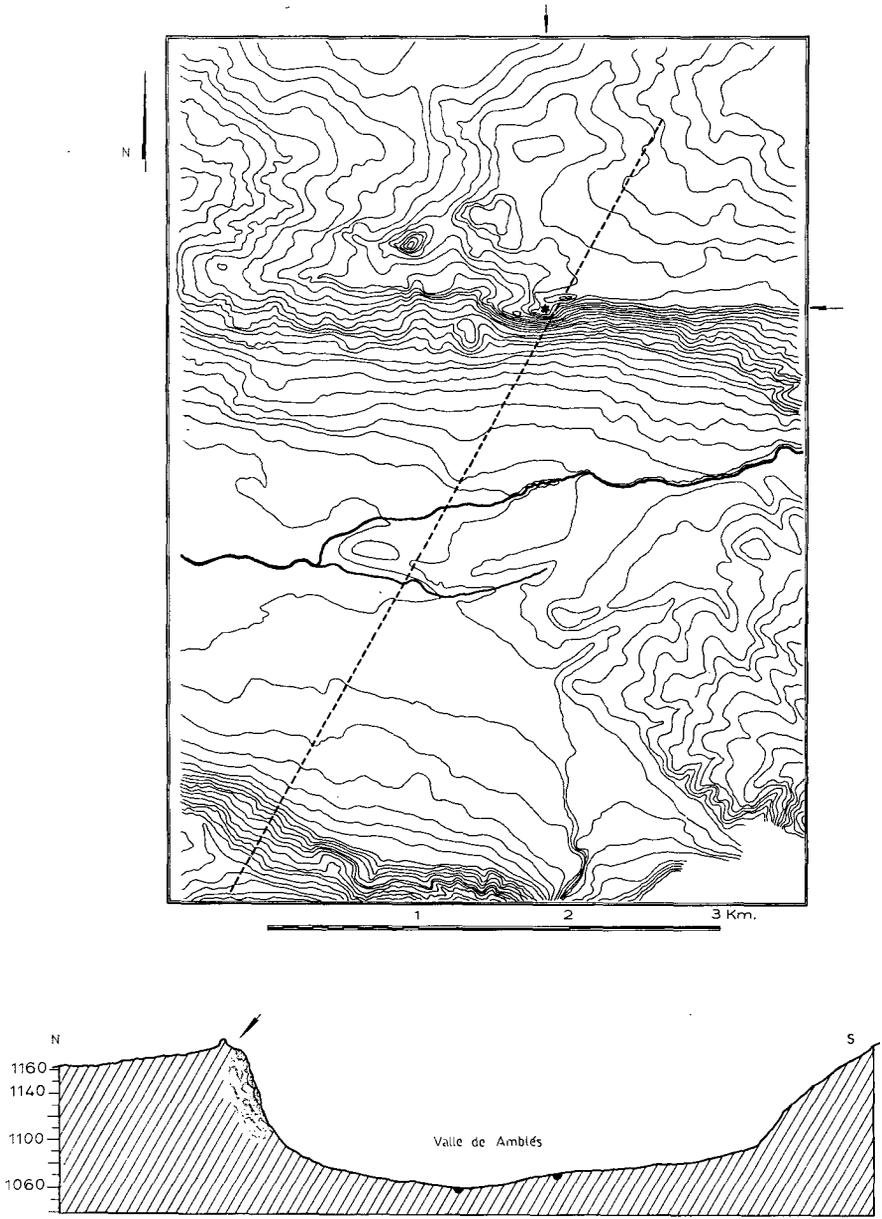


Fig. 2. Plano topográfico y sección de la zona de Aldeagordillo.

apareció excepcionalmente un cráneo humano, al parecer fuera de un contexto funerario. Las recientes investigaciones llevadas a cabo parecen indicar que se trata de un yacimiento utilizado tanto como lugar de habitación como para recinto funerario. Sin embargo, pronunciarse sobre la simultaneidad de ambas funciones sería arriesgado por ahora. Sí puede decirse que la cultura material estudiada es en todo similar para lo que puede considerarse habitacional como para lo funerario. Tal vez haya que pensar que la utilidad funeraria tuvo lugar después del abandono, ya que en el casi medio centenar de yacimientos similares conocidos en el Valle de Amblés no han aparecido rastros de túmulos dentro del poblado, lo que probablemente quiera indicar que no era costumbre mezclar ambas situaciones en un mismo espacio. Los túmulos localizados hasta el momento en Aldeagordillo, cuyo número asciende a nueve, sin que se haya llevado a cabo una prospección del terreno de forma intensiva, se encuentran agrupados en un área de unos 1.000 m², ocupando la pequeña meseta que sigue inmediatamente al afloramiento de aptitas con dirección Este-Oeste. La proximidad entre ellos es variable, aunque siempre dentro de márgenes que no exceden los 10 m. Todos ellos parecen ser de forma similar: aproximadamente circulares, con diámetros en torno a los 9 m., aunque alguno podría ser más pequeño. De todos, como ya se ha dicho, solamente se ha excavado por el momento en uno, fue denominado como **Túmulo 1**.

EL TUMULO 1

Morfología

El aspecto previo a la excavación era de un montículo destacado del suelo entre 0,50 y 0,80 m., con forma paracircular levemente alargada (10 × 7 m.). Ya se ha dicho que presentaba dos remociones de tierra, una de menor importancia en el centro del túmulo y otra, mayor, en el extremo Oeste. Como paso previo a la excavación fue levantado un plano con curvas de nivel y cuadrículado un espacio de 12 × 14 m. en el que quedaba integrado el túmulo y una parte de su entorno. Cada cuadro correspondía a 1 m² y a una denominación de acuerdo con un sistema de coordenadas cartesianas utilizando números y letras.

El proceso de excavación consistió, en líneas generales, en el levantamiento progresivo de capas de piedras, realizada previamente la planimetría del conjunto. Así, fueron dibujadas diez plantas sucesivas de piedras entre las que quedaba integrada la cista en la que fueron colocados los enterramientos. En total han sido excavados 59 m². De ellos 35 corresponden al amontonamiento de piedras y el resto al entorno circundante. Restarían por excavar de la zona propiamente tumular unos 10 a 15 m².

En las dos primeras plantas levantadas (en torno a 20 cm. de profundidad) no se apreciaba ningún tipo de estructura de las que aparecerán con posterioridad. Se trataba, simplemente, de una acumulación de piedras, con tamaño aproximadamente regular, en torno a los 20 cm., cuya ordenación no va más allá que la de buscar un amontonamiento. En algunos sitios se observa cómo han sido coloca-

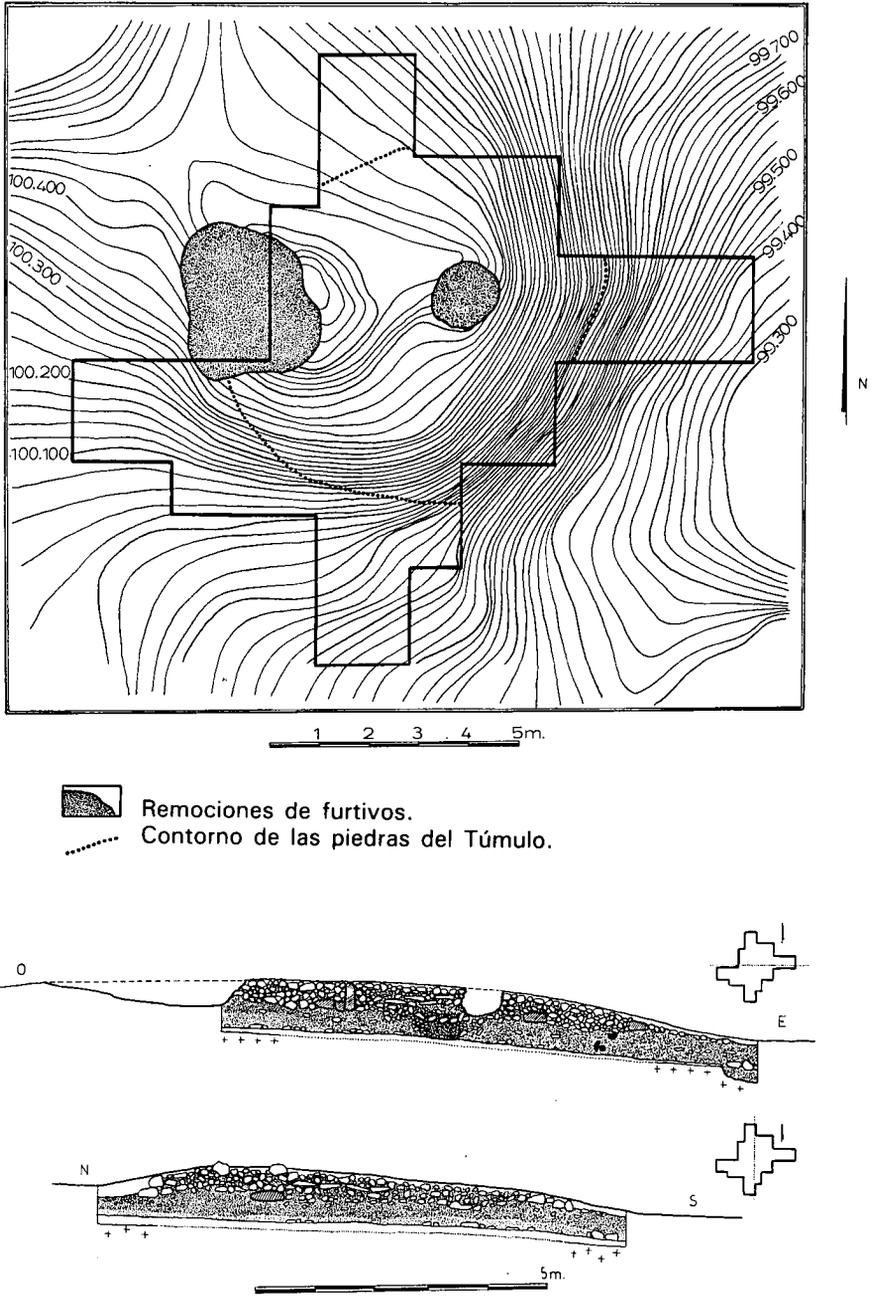


Fig. 3. Plano topográfico y cortes del Túmulo.

das piedras de un tamaño mayor en puntos concretos, siempre en los límites del túmulo, con el fin, probablemente, de contener la expansión del amontonamiento.

A partir de la planta tercera empiezan a observarse zonas donde aparecen piedras de mayor tamaño, unas veces agrupadas y otras dispersas. Las dispersas pueden interpretarse como en disposición casual, al no formar ningún tipo de estructura. Las agrupadas tienen una disposición intencional. Por ejemplo, en el centro mismo del túmulo aparece una concentración de piedras en un espacio de menos de 2 m. que aunque con forma irregular, presentan las dos caras planas. No fueron talladas a propósito, pero sí elegidas por esa característica. Posteriormente se comprobaría que la ubicación de estas piedras corresponde con la estructura que albergaba los enterramientos. Su disposición no era perfectamente ordenada pero sí claramente indicativa de una intención concreta, la de cubrir la cista.

En esta planta comienzan a aparecer algunas de las piedras que constituirán la Cámara del túmulo, que en determinados puntos y, al parecer, sin una justificación clara, consta de doble hilada de piedras. El color de la tierra es gris oscuro hasta poco más del límite de las piedras del túmulo, con una zona pseudocircular hacia el centro donde aparece en un color marrón medio. Esta tonalidad se mantendrá en este punto, aunque estrechándose a medida que se profundiza hasta la capa final de cenizas, en la que descansa toda la construcción.

A partir de la planta quinta, a 40 cm. de profundidad aproximadamente, aparece configurada con claridad la Cámara. Tanto su interior como el entorno, aparece rellenos de piedras en general de menor tamaño que las que constituyen la Cámara. En torno a los límites del túmulo, con mayor profusión en algunas zonas, aparecen concentraciones de barro cocido constituidos por infinidad de pequeñas bolas. Al lado de éstas, en algunos puntos concretos, se observan fragmentos de pavimento fabricado con barro fresco y cascotes de cerámica.

A partir de la planta sexta y hasta el final, la cantidad de piedras distribuidas en el interior y exterior de la Cámara irá disminuyendo. La proporción respecto a las plantas anteriores es muy desigual. Entre la planta sexta y la séptima, a 50-60 cm. de profundidad, aparecen y quedan perfectamente configuradas, las piedras que constituyen la cista, en el interior de la Cámara, hacia el centro del túmulo.

La situación final queda constituida por una cámara circular sin completar, una cista rectangular en su interior y restos de construcciones probablemente anteriores que no se llegaron a desmontar totalmente para construir el túmulo. Precisamente la documentación e interpretación de estos restos es uno de los aspectos a investigar en la futura continuación de las excavaciones. Todo ello descansa sobre una capa de cenizas muy finas, de color gris, con espesor variable pero en torno a los 10-15 cm.

La Cámara

La constituyen una serie de piedras de tamaño medio, en torno a los 40 cm., de forma irregular, colocadas en disposición de círculo, aunque sin completar una circunferencia (60%). Falta la zona Sur-Oeste. El diámetro gira en torno a los 3 m.

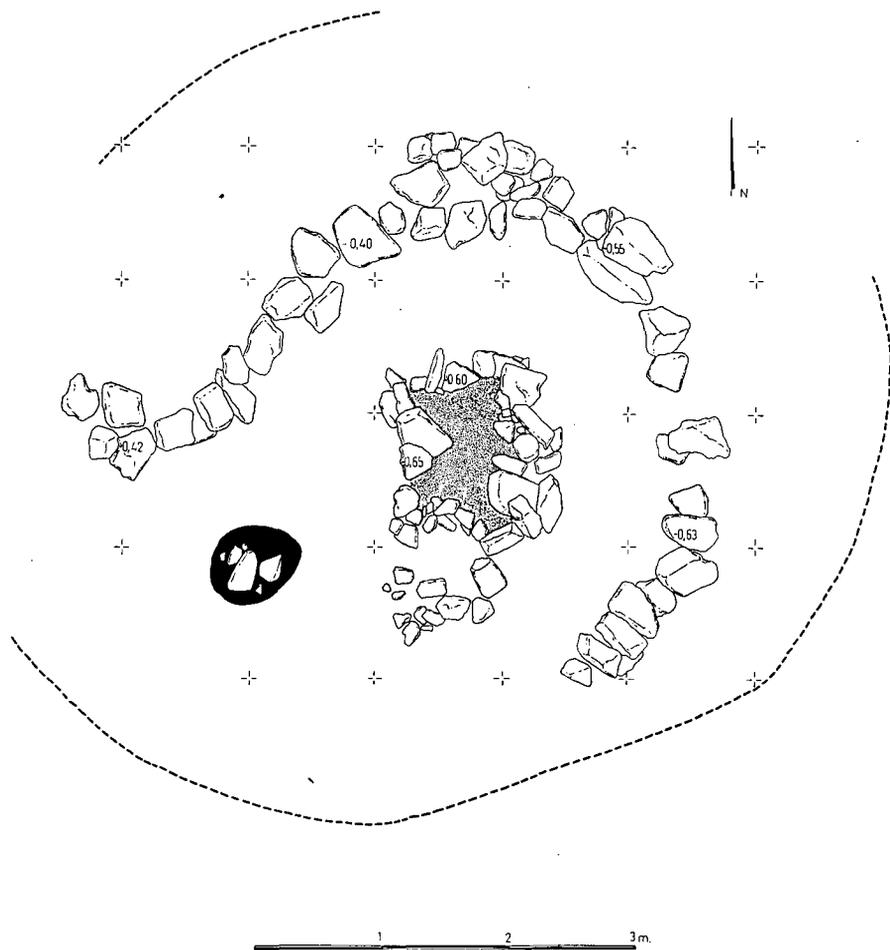


Fig. 4. Planta de la cámara y la cista. (En negro el hogar).

Coincidiendo con la línea imaginaria de complementación del círculo, aparece un hogar sin delimitación constructiva formando un círculo de 40 cm. Muy próximo a él apareció un mentón infantil con huellas de haber sido expuesto al fuego. Todas las piedras que constituyen esta estructura forman una sola hilada a excepción de la parte Nor-Oeste donde aparecen dos hiladas superpuestas en la misma disposición.

En el lado Oeste, tocando con las piedras de la Cámara, pero en el interior, apareció una piedra cilíndrica colocada vertical de 0,60 m. de largo aproximadamente. Se trata, en conjunto, de una construcción muy simple, realizada sin ningún tipo de complicación constructiva. La falta de una parte de la circunferencia quizá deba ser interpretada como la zona de acceso a la cista sin impedimento alguno durante el tiempo que duró el ritual funerario previo a la construcción total del túmulo.

La Cista

Probablemente más que una cista debe denominarse «estructura cistoide» para distinguirla de los casos bien conocidos en los que se trata de una disposición ordenada de lajas, clavadas en el suelo, manifestando un espacio rectangular. Indudablemente, se trata de algo enteramente similar pero mucho más descuidado que cualquiera de los casos habituales, con una tosquedad tal que en principio fue muy difícil distinguirla de entre las piedras de relleno que constituían el entorno. Para no alargar demasiado en este trabajo la descripción con todos sus pormenores, bastará con decir que al lado de lajas hincadas aparecen zonas donde se empleó mampostería muy tosca, simplemente colocando piedras cualquiera de pequeño tamaño unas sobre las otras, trabadas; una vez más, toscamente, con tierra. Solamente tres pueden considerarse elegidas y colocadas de una manera diferente. Dos lo están en la pared lateral derecha y una en la cabecera. De ellas merece especial comentario la de la cabecera. Su elección no fue esta vez deliberada. Aunque probablemente no fue tallada a propósito, sí fue dispuesta teniendo en cuenta sus características. Es una piedra rectangular, con sección triangular y una longitud de al menos 0,66 m., ya que no se le ve el final. Es más ancha en el extremo superior, de tal manera que cuando pasa a ser regular —tras 20 cm.— configura una especie de visera. Perpendicular a ella, en la base de la cista, a la altura donde estaba colocado el último cadáver, aparece una piedrecita plana, cuya disposición inclina a pensar que fuera pensada para situar allí la cabeza de un cadáver, aunque, después, los encontrados tuvieran incluso una orientación diferente. Las otras dos piedras aparecen en la pared Este. Una parece perfectamente elegida y colocada, aunque con cierta inclinación hacia el interior, probablemente por el peso de las piedras del túmulo. La otra, inmediata a la anterior, parece querer cerrar la cista por el Sur.

El tema de las dimensiones es un tanto problemático, ya que da la impresión de que en principio se proyectó construir una estructura mayor de lo que posteriormente se decidió ocupar con los enterramientos, por lo que es probable que se acortara. Así, lo que es una construcción con un patrón claro de 2,02 por 1,26 m. fue ocupada realmente en un espacio de 1,40 por 1,26 m., delimitando con claridad lo que era el espacio de los enterramientos respecto de la zona que se desechaba, situación que se solucionó llenando ese espacio sobrante en el extremo Sur de la cista con pequeñas piedras y algún fragmento de hueso largo de bóvido. El espacio interior hábil era de 1,20 por 0,60 m., en ese espacio fueron colocados los cadáveres. El fondo lo constituía el mismo suelo de cenizas que forma la base de todas las estructuras que componen el túmulo.

La orientación de la cista era exactamente Norte-Sur. El relleno era de aspecto uniforme en toda la zona donde aparecían los enterramientos: tierra compacta, de color gris oscuro, con frecuentes motas de carbón de tamaño muy pequeño que indican la probable presencia de un fuego cercano, que bien pudo ser el del hogar al lado de la cista.

Los Enterramientos

Aunque el estudio antropológico completo no se ha llevado a cabo todavía, puede decirse, en base a un primer examen y a las condiciones en que aparecieron, que al menos había en el interior de la cista restos de tres individuos, dos de ellos claramente infantiles, menores de diez años a juzgar por las características observadas en la dentición. De todos, solamente parece estar completo uno de ellos, el que fue depositado en el fondo de la cista, al que corresponde el ajuar campaniforme. Los demás aparecen fragmentados, como si hubieran sido trasladados allí desde otro sitio. El relleno de tierra donde estaban los cadáveres giraba en torno a los 50 m.

Aparecían, en primer lugar, algunos huesos dispersos por la cista sin un orden anatómico. Entre ellos un cráneo y una mandíbula incompleta separados lo suficiente como para significar que no habían sido enterrados juntos. Entre todos ellos aparecían algunos fragmentos de cráneo con huellas interiores de haber sido expuestos al fuego. Próximos a ellos quedaban, también, algunos fragmentos de huesos largos como la cabeza de un fémur, al lado de un fragmento de húmero y algún otro más que no conformaban en absoluto un esqueleto completo. Varios tenían señales de haber sido expuestos al fuego. Al menos el cráneo y la mandíbula parecían corresponder a un individuo adulto.

Debajo de los anteriores aparecían, bastante fragmentados, los restos incompletos de otro individuo. Aunque algunos huesos aparecen en conexión anatómica, como era el caso, por ejemplo, de un fémur unido a la cavidad cotiloidea correspondiente de su cadera, otros formaban paquetes de fragmentos. La mandíbula permanecía unida al cráneo, estaba situada hacia la mitad de la cista y miraba hacia el Nor-Este. Se trataba de un individuo infantil.

Finalmente, colocado sobre el suelo de cenizas sobre el que descansan todas las estructuras, envuelto en la tierra intensamente oscura que aparecía en todo momento en el interior de la cista, había un esqueleto completo o prácticamente completo, colocado sobre su lado izquierdo en posición flexionada, al parecer sin forzamiento. El cuerpo había sido colocado con orientación Sur-Norte, situando la cabeza en el Sur, debajo de una de las lajas mejor elegidas y colocadas del lado Sur-Este. Los pies coincidían con la laja rectangular triangular colocada en el lado Norte. El cráneo de este individuo y del anteriormente descrito quedaban muy próximos, aunque si bien éste miraba hacia el Oeste apoyándose en el lado izquierdo, aquél lo hacía al contrario. Ya se ha dicho que al igual que el anterior se trataba de un individuo, probablemente una mujer, en edad no superior a los diez años. Prácticamente en contacto con el cráneo, estaba el ajuar, consistente en un vaso campaniforme con decoración tipo ciempozuelos y un cuenco liso con umbo en la base; dos cuentas de collar de variscita aparecieron en el relleno de la cista. Una de ellas estaba completamente quemada y fue imposible rescatarla. La otra no tenía señales de exposición al fuego, apareció prácticamente en contacto con el segundo cráneo, aunque unos centímetros por encima de él. La asociación de ambas con el ajuar cerámico es problemática. Quizá haya que interpretarlas como asociadas a los cadáveres en el momento de la deposición en la cista, más

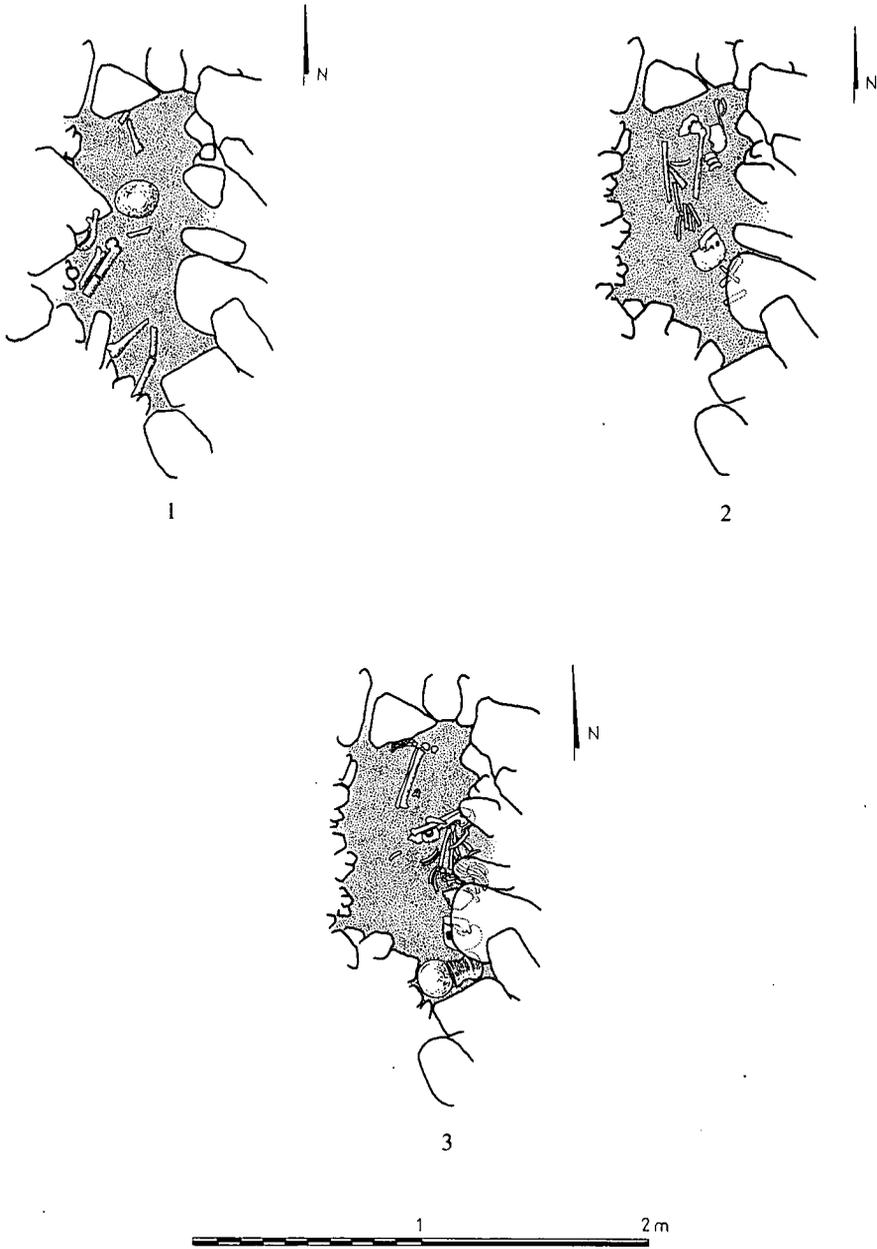


Fig. 5. Detalle de la aparición sucesiva de los restos humanos en la cista.

que como un ajuar específico que se le coloca al muerto, como en el caso los dos vasos cerámicos.

La presencia en la cámara de algunos materiales tales como dos puntas de flecha, una cuenta de variscita, etc., deben ser interpretadas, al igual que los fragmentos cerámicos y huesos recogidos, como casuales, asociados a la tierra que se empleó para acompañar a las piedras en la construcción final del túmulo.

El ajuar campaniforme

Ya se ha dicho que el ajuar campaniforme apareció colocado al lado de la cabeza del último individuo al aparecer, protegido por una de las lajas mejor colocadas de toda la cista, la que se colocó ligeramente oblicua con respecto a la dirección general de toda la construcción y que, sin duda, significa el deseo de cerrar el enterramiento por ese lado, aunque existieran otras piedras colocadas después, quizá producto de la construcción de la cista, sin reparar en las necesidades reales del espacio que se iba a utilizar. Claramente los dos recipientes cerámicos fueron puestos intencionadamente al lado de la cabeza del tercer individuo. El vaso campaniforme se encontraba caído sobre el cuenco, colocado éste en su posición fun-

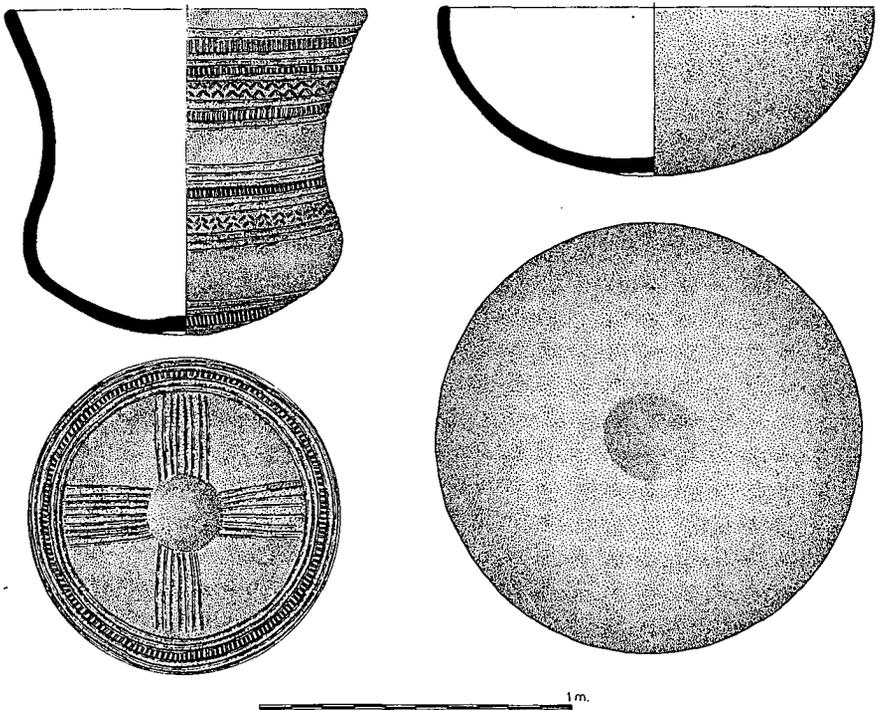


Fig. 6. Ajuar campaniforme del Túmulo 1 de Aldeagordillo.

cional. A su lado no había ningún otro elemento de ajuar. Inmediatamente al cuenco, aparecía ya el conjunto de pequeñas piedras que taponaba la cista toscamente por el Sur.

El cuenco tiene un diámetro de 132 mm. y una altura de 46 mm., es semiesférico, sobrepasando en muy poco la mitad de la esfera y tiene un umbo en la base curvada que garantiza el asiento de la pieza. La cocción es oxidante (color marrón claro-beige), con grandes manchas interiores y exteriores de color gris oscuro. La superficie está espatulada, no tiene decoración, el labio es redondeado. El desgrasante lo componen mica, feldespato y cuarzo en cristales de pequeño tamaño. No parece haber sido usado.

El vaso tiene un diámetro en boca de 112 mm., la altura es de 104 mm., el estrechamiento del cuello es de 87 mm. y la panza mide 100 mm. La base es curvada, con un umbo de 21 mm. de diámetro, que da estabilidad a la pieza. Está cocido a fuego oxidante (color marrón rojizo), con grandes manchas exteriores y más pequeñas, interiores, de color gris oscuro. La superficie es bruñida sin demasiado pulimento. Los desgrasantes son en todo similares al descrito anteriormente y el labio, igualmente, es redondeado. No tiene desgastes producidos por el uso. La decoración es del tipo conocido comúnmente como Ciempozuelos. En lo que es el cuerpo de la pieza alternan tres motivos diferentes: líneas horizontales incisas y paralelas en grupos de dos, tres o cuatro líneas; franjas de incisiones cortas verticales enmarcadas entre dos paralelas, de las descritas anteriormente; y, finalmente, dobles líneas de zig-zag hechos a base de impresión con huella foliácea, que, como las anteriores, están enmarcadas dentro de paralelas. La estructura de la decoración la componen, pues, las incisiones horizontales paralelas y, dentro de ellas, estableciendo combinaciones, los otros dos tipos, prevaleciendo el motivo de incisiones cortas verticales sobre el zig-zag. Hasta el fondo se establecen dos franjas, una más ancha que la otra. El fondo lo componen, por una parte, seis líneas paralelas horizontales con una sola banda interior de incisiones cortas verticales. De los límites del umbo salen, formando una cruz, grupos de paralelas que llegan hasta las líneas horizontales: dos tienen ocho líneas, uno nueve y otro siete. En algunas incisiones se aprecian posibles restos de pasta blanca incrustada; en cualquier caso los testimonios son muy escasos.

El ajuar del exterior de la cámara

En la zona que rodea la cámara, dentro y fuera de las piedras que conforman el túmulo, aparecieron algunos recipientes cerámicos, que, por sus características y la forma de estar colocados, hacen pensar que formaron parte del enterramiento. Curiosamente han aparecido en tres de las cuatro extremidades en que se plantearon los sondeos fuera de lo que era el límite del amontonamiento de piedras. Esto hace pensar que en la próxima continuación de los trabajos, cuando sea descubierto no sólo el túmulo completamente, sino también el área inmediata, podrían aparecer nuevos elementos que complementen la información que ahora se tiene.

En el lado Sur-Oeste del túmulo, a poco más de un metro de donde éste finali-

za, apareció un recipiente de cerámica (actualmente en proceso de restauración) con diámetro en torno a los 50 cm., colocado sobre el suelo de cenizas subyacente a la construcción. Estaba muy fragmentado por el peso de la tierra y, sobre todo, por su mala cocción. Se trataba, al parecer, de una forma semiesférica.

Hacia el Sur, en el límite con las últimas piedras del túmulo, pero fuera de ellas, apareció, en las mismas circunstancias que el anterior, un vaso esférico de tamaño menor, en torno a los 25 cm. de diámetro, igualmente muy fragmentado.

Al Este se encontraron tres nuevos recipientes. Estaban tapados por las últimas piedras del túmulo. Dos de ellos aparecieron juntos, claramente colocados al mismo tiempo. A 60 cm. de ellos, a una cota algo más alta —17 cm.— fue colocado otro pequeño vaso. De los dos primeros, uno, el más pequeño, estaba completo, al otro le faltaba únicamente el 15% del borde. Aquel era un vasito de cuerpo troncocónico y base muy curvada, de tal manera que en el punto de contacto de ambas partes queda formada una especie de carena baja característica. Fabricado a base de pasta muy fina, con superficie bruñida, diámetro de la boca de 75 mm. y altura 60 mm., conservaba, como su compañero, tanto en el exterior como en el interior, restos de pintura negra. Vasitos de estas características son frecuentes en contextos Calcolíticos y del Bronce Antiguo de las inmediaciones del río Adaja, en lo que concierne, al menos, a las provincias de Avila y Segovia (Delibes, 1989; Fabián, 1992). El otro recipiente era un cuenco semiesférico de tamaño medio, que había sido colocado de canto como protegiendo a su inmediato, éste en su posición normal. El que aparecía sólo era un pequeño casquete semiesférico de fondo aplanado, superficie con bruñido débil y, como todos los demás, liso.

Interpretación de los enterramientos

Como es lógico, hasta la conclusión de los análisis antropológicos no podrá darse una interpretación total sobre el ritual funerario directamente relacionado con los cadáveres, pero sí es posible adelantar aquí algunos aspectos que parecen quedar claros en el momento actual de los conocimientos que tenemos.

Tras las investigaciones de J. J. Eiroa en 1970 y las llevadas a cabo ahora en el Túmulo 1, parece quedar claro que el espacio del yacimiento fue utilizado tanto como lugar de habitación como para cementerio. La simultaneidad de ambas funciones es, por ahora, sin embargo, una cuestión difícil de dilucidar. Lo que sí está perfectamente comprobado es que el túmulo excavado forma parte de una necrópolis muy localizada de túmulos similares, todo ello independientemente de que el lugar hubiera sido habitado con anterioridad o lo fuera todavía en aquel momento. En cualquier caso es necesario decir que se conoce la existencia de yacimientos en las proximidades, cuya cultura material es similar en todo a la que se halló tanto entre las tierras que componían el túmulo, como en los ajuares. El más cercano de estos yacimientos, situado a poco menos de 1 Km. —El Cerro Hervero— inicia una larga cadena de estaciones que se extenderá a lo largo de una treintena de kilómetros por todo el reborde montañoso Norte del Valle de Amblés, y entre los que se encuentra el conocido de La Peña del Aguila (López

Plaza, 1974) y el recientemente excavado de Los Itueros, ambos similares en todo al de Aldeagordillo.

Para la ubicación de la necrópolis se eligió una pequeña explanada bien delimitada dentro de lo que es la meseta que en esa zona se alza sobre el final del Valle de Amblés por el Este. Es, por tanto, un lugar elevado sobre el valle, con un extenso y hermoso panorama visual. Todos los túmulos localizados hasta este momento presentan exteriormente las mismas características. Dos han sido saqueados totalmente; de ellos, al menos de uno, se tienen noticias de un ajuar «importante», aunque de momento imprecisable.

Ya se ha dicho anteriormente que el Túmulo 1 se construyó en un área de habitación, estuviera o no abandonada ya. Así lo constata un nivel gris oscuro apreciable claramente en los numerosos hoyos de furtivos que se observan a lo largo de todo el yacimiento. Parece ser que la intención fue situarlo sobre un lecho de cenizas cuya verdadera entidad y significado quedará aclarada en la próxima campaña que se realice. No se trata, al parecer, de un nivel de incendio de los que habitualmente aparecen en los yacimientos; es, claramente, un suelo de cenizas grises muy finas que denotan, primero, la existencia de un fuego de gran envergadura y, después, su extinción total hasta quedar virtualmente reducido a cenizas. Los sondeos exploratorios hechos durante la pasada campaña indican una potencia variable de este nivel, pero siempre en torno a los 15-20 cm. y apoyado directamente en las aplitas que forman la base. Su ámbito excede con creces a los límites del túmulo, pero de momento no es precisable su extensión; lo que sí parece claro es que no es un nivel general a todo el yacimiento; accidental o premeditadamente sólo se localiza, por ahora, en lo que es el área del túmulo. Atribuirle a este nivel un carácter ritual, directamente relacionado con la construcción del Túmulo 1, tropieza, sin embargo, con algunas dificultades. Por ejemplo, ni las piedras de la cámara, ni las del propio amontonamiento que las rodea, arrancan de este nivel de cenizas; les separan en torno a 40 cm. de tierra entre la que, además, hay restos de un pavimento discontinuo compuesto, en algunas zonas, por una capa de barro alisada y, en otras, por placas de barro con fragmentos de cerámica embutidos coronando la superficie. Pavimentos similares han sido abundantemente documentados en otros yacimientos calcolíticos cercanos asociados a estructuras de habitación. De aceptarse que la capa de cenizas tuviera que ver directamente con la construcción del túmulo, habría que pensar que la tierra intermedia entre el arranque de la cámara y las cenizas fue echada junta y a propósito y que, además, en ella, a la mitad de su espesor, se construyó un pavimento que se destruyó por alguna razón o sólo se construyó en parte. Probablemente sea demasiado forzado tener que aceptar esos argumentos, cuando lo más probable es que el túmulo fuera ubicado, con premeditación o sin ella, sobre los restos de las estructuras de habitación anteriores, a los que la nueva construcción contribuyó a destruir aún más. Pero viene a colación el que se admita a debate la posibilidad de que el suelo de cenizas estuviera implicado en el ritual previo a la construcción del túmulo, por el hecho de que no es la primera vez que en época calcolítica o postcalcolítica aparece un enterramiento, bien sobre una capa de cenizas de cierta consideración, o bien sobre un hogar de barro con reborde peraltado, como sucede

en la tumba individual excavada en el pueblo vallisoletano de Ciguñuela (Delibes, 1987). La otra posibilidad se refiere al yacimiento abulense de El Tomillar, en Bercial de Zapardiel, donde en una fosa circular de 1,50 m. de diámetro aparecieron restos de al menos 13 individuos sobre un nivel de cenizas muy finas en las que aparecían, también, fragmentos de barro, aunque esta vez sin formar un pavimento; el yacimiento está fechado por C-14 en el 1800 a. C. (Fabián, 1992) y la cultura material es perfectamente asimilable a la de Aldeagordillo.

La construcción de la cámara no debió llevar mucho tiempo. Las piedras que la integran no presentan otra particularidad que la de su colocación. Son fragmentos locales sin transformar, a las que se dispuso formando un semicírculo. En algún punto, en lugar de una sola hilada, dispusieron dos. En cualquier caso la construcción seguía teniendo más un sentido delimitador, simbólico de alguna manera, que como construcción con una función arquitectónica. Tocando con las piedras, en la cara interior, se colocó verticalmente la piedra cilíndrica de la que se ha hablado en páginas anteriores. Probablemente tras la construcción de la cámara fue comenzada la cista. Algunas de las piedras que la integraban fueron elegidas especialmente, pero la mayoría no. Estas, de mejor aspecto para la función que iban a desempeñar, se clavaron en el suelo sin demasiado esmero. Algunas, que por su longitud corrían el riesgo de derrumbarse, fueron reforzadas por otras más pequeñas. Seguramente que esto se llevó a cabo únicamente en la pared Este, mientras que la otra permaneció sin construir hasta que los cadáveres no estaban depositados en el interior. La observación detenida de la construcción conduce a pensar que fue concebida en un principio con mayores dimensiones de las que finalmente se precisaron. Por ese motivo una de las lajas de la pared Este, que habían sido bien colocadas, fue movida ligeramente para cerrar por el Sur la construcción.

Primeramente fue colocado el individuo que aparecía completo con su ajuar. La necesidad impuesta por el ritual de ser enterrado en posición encogida determinaría el acortamiento de la cista del que se ha hablado antes. Otra de las condiciones del ritual tendría que ver con la orientación del cuerpo, si no no se comprende que el cuerpo fuera colocado de la forma que lo fue y no con orientación Norte-Sur, que parecía más favorable a las características de la construcción. El cadáver fue colocado sobre la capa de cenizas, lo que indica que fue excavado un hoyo en el interior de la cista. Sobre este primer enterramiento debió arrojarse una pequeña cantidad de tierra, a la vez que por el lado Oeste y por el Sur colocaron una serie de piedrecitas que servían de delimitación. Inmediatamente después fueron dispuestos los restos del segundo individuo. No era un cadáver completo, eran solamente restos sueltos, algunos de los cuales debían mantenerse unidos por los ligamentos. Probablemente sólo tuvieron cuidado de colocar el cráneo, haciéndolo al lado del anterior; el resto de los huesos, aunque recuerdan su disposición anatómica, denotan, claramente, que fueron enterrados por separado. Sin duda este individuo fue llevado a la cista después de haber estado enterrado en otro lugar; tal vez por ello no tenía ningún tipo de ajuar.

Sobre este segundo cadáver, acompañadas de tierra, fueron colocadas algunas piedras, aunque sin ánimo de taponar totalmente la cista. Algunas lajas fueron

colocadas sobre la alineación de pequeñas piedras que constitúan la pared Oeste. No fueron hincadas, solamente dispuestas sobre las anteriores en posición levemente inclinada.

Cuando dentro de la cista había ya un relleno considerable, prácticamente hasta colmatarla, se depositaron los restos del tercer individuo. Como en el caso del anterior, se trataba de restos sueltos que debían yacer en otro lugar y que a propósito de la muerte del que ostentaba el ajuar campaniforme, fueron llevados hasta el Túmulo 1.

Probablemente, mientras todo esto se llevaba a cabo, hubo un fuego encendido a la entrada de la cámara, a muy poca distancia de la cista. El hogar encontrado en las excavaciones denota una hoguera de poca consistencia que dejó una huella circular de 50 cm. La cota de base del hogar indicó que el fuego fue encendido a un nivel similar al de la base de las piedras de la cámara. Su relación con lo funerario está avalada, además, por el hallazgo de un fragmento de mentón infantil con huellas de exposición al fuego a pocos centímetros del hogar. Por otro lado, algunos fragmentos de cráneo, de los hallados sueltos en la cista, tienen las mismas huellas.

La construcción posterior del túmulo fue simple: recogiendo piedras y tierra de los alrededores fueron rellenando tanto la cámara como su entorno inmediato. La tierra era tomada directamente del entorno inmediato, de tal manera que contenía los restos de habitación correspondientes al poblado. De esta manera quedaban incorporados al relleno del túmulo abundantes restos de fauna, fragmentos de cerámica, lascas y útiles de sílex, etc., sin que hubieran tenido una relación directa con él. Poco a poco fueron amontonándose piedras y constituyéndose el túmulo. En la zona donde estaba la cista, cuando ésta había quedado casi rebasada ya, colocaron una serie de lajas horizontalmente, sin una disposición ordenada pero claramente diferentes por su tamaño y su concentración a las restantes, que se echaban unas sobre otras sin demasiado cuidado. En aquellos puntos donde la pendiente del terreno es algo mayor, caso del lado Este, dispusieron, alineadas, algunas piedras de mayor tamaño de tal manera que contuvieran los empujes y así que el amontonamiento de piedras no se desparramara en aquella dirección.

Resta decir, únicamente, en este apartado que el hoyo realizado por los furtivos en el centro del túmulo coincidía prácticamente con la posición del primero de los cráneos hallados. Aunque no penetró demasiado, sí fue suficiente como para llegar hasta la altura del cráneo. Las características del hoyo parecen indicar que se trata de los habituales practicados a partir de las señales proporcionadas por un detector de metales, con lo cual tendríamos la posibilidad de que junto al cráneo hubiera sido colocado algún elemento metálico difícil ahora de identificar.

EL TUMULO 1 DE ALDEAGORDILLO DENTRO DEL CONTEXTO FUNERARIO EN EL CALCOLITICO-BRONCE ANTIGUO DE LA MESETA NORTE

Indudablemente la excavación del Túmulo 1 supone un avance importante en el estudio del horizonte campaniforme y del aspecto funerario en un momento

de tantas dudas para la investigación en la Meseta Norte como es el final del Calcolítico y el Bronce Antiguo. Aldeagordillo representa en estos momentos uno de los pocos testimonios de tumba campaniforme que en la Meseta Norte han podido ser excavados metódicamente. Por una vez el arqueólogo se adelantó —aunque por muy poco— a la mano del furtivo o a la reja del arado y a la curiosidad posterior del agricultor. Constituye, pues, un testimonio muy valioso que merece la pena ser estudiado en profundidad.

El panorama actual de la investigación sobre el aspecto funerario en la Meseta Norte durante el Calcolítico y Bronce Antiguo basa sus consideraciones en la existencia de un horizonte megalítico o, al menos, de enterramientos colectivos, nacido en las últimas fases del Neolítico, que culmina su relevancia hacia el final de la Edad del Cobre y principios del Bronce Antiguo, siendo contemporánea esta decadencia con la aparición y desarrollo del horizonte campaniforme. Sin embargo, a tan aparentemente sencilla secuencia, empiezan a surgirle matizaciones a medida que avanzan las investigaciones y son conocidos y excavados nuevos yacimientos. El ritmo que están cobrando las prospecciones sistemáticas en la Meseta Norte durante los últimos años hacen que vaya completándose un mapa poco a poco más clarificador y que haya cada vez menos zonas donde la falta de conocimientos pueda ser la causa de que no existan determinados testimonios, como por ejemplo el megalítico.

El panorama actual que presenta la investigación del aspecto funerario durante el Calcolítico y Bronce Antiguo en la Meseta Norte puede resumirse en lo siguiente:

En la zona **sur-Occidental** aparece el grupo megalítico salmantino, al que se ha visto como una derivación del portugués de las Beiras (Delibes y Santonja, 1986: 197). En esta zona, salvo dos excepciones, todo lo funerario conocido se refiere a monumentos megalíticos. Únicamente se conoce el hallazgo casual de un enterramiento en las inmediaciones del yacimiento calcolítico de El Picón del Rey (Cerralbo), en plena zona dolménica al Oeste de la provincia (Santonja, 1991: 10), con restos de cuatro individuos enterrados bajo una peña, con un ajuar que puede compararse, sin ninguna duda con los que aparecen en los dólmenes. El otro caso, todavía inédito, corresponde al hallazgo de una cista en plena área de habitación en el poblado calcolítico de La Solana (Navamorales de Béjar). No se conocen por el momento enterramientos campaniformes individuales en esta zona, lo conocido en este aspecto está siempre ligado a dólmenes.

Al Norte del foco salmantino aparece el **Grupo megalítico zamorano**, menos importante en número que el anterior y, según las estimaciones de G. Delibes y J. del Val, con particularidades que le distinguen de aquel (Delibes y Val Recio, 1989). En esta zona se conocen enterramientos campaniformes al margen de los dólmenes y, recientemente también, enterramientos calcolíticos o, quizá ya dentro del Bronce Antiguo, en fosa (Viñe y otros, 1990; Larren y Val Recio, 1990). A todo ello hay que unir noticias de túmulos no dolménicos desaparecidos ya.

El grupo megalítico salmantino ira perdiendo su importancia a medida que va extendiéndose hacia el Este. El cauce del río Tormes sirve así de frontera entre una zona con una considerable densidad de dólmenes y, otra, donde apenas si se conocen algunos casos. Lo que en un principio pudo achacarse a la falta de

investigaciones hoy parece apuntar más bien a la propia escasez de megalíticos. Solamente se conoce un caso en la provincia de Avila (Fabián, 1988) y otro más en la de Madrid (Losada, 1976), sin embargo los yacimientos calcolíticos hallados en los últimos años representan, sólo en la provincia de Avila, un número en torno al centenar. Lógicamente no serán los megalitos descubiertos todos los que hubo, pero debe reconocerse que por muchos desaparecidos que haya, la desproporción respecto a la vecina zona salmantina es enorme y ello teniendo en cuenta que las posibilidades de desaparición entre las dos zonas son prácticamente las mismas. Lógicamente este hecho deberá explicarse considerando la existencia de otras alternativas funerarias que empiezan a quedar probadas en casos como el del enterramiento colectivo en fosa de al menos trece individuos en el yacimiento abulense de El Tomillar, en Bercial de Zapardiel, fechado por C-14 en torno al 1800 a. C. (Fabián 1992) o los enterramientos individuales en fosa de El Ollar, en Don Hierro (Segovia), en la misma división provincial entre Segovia y Avila (Delibes, 1988) o el madrileño de El Espinarejo, en Villaverde (Alonso y otros, 1991). En esta misma zona, además, se mezclarán enterramientos campaniformes en dólmenes (Losada, 1976; Fabián, 1988), con enterramientos individuales en fosa (Martín Valls, 1971) y en túmulo, caso de Aldeagordillo.

Más hacia el Este se sitúa un nuevo núcleo megalítico que parece irse conformando a medida que avanzan las prospecciones en la zona. Aunque no son muy abundantes los datos que hay hasta este momento, lo que se conoce permite vislumbrar que en el Norte y Nor-Este de la provincia de Segovia, en la vecina de Soria y en el Sur de la de Burgos, existe un nuevo núcleo que estaría relacionado con el foco riojano por un lado y con el de Guadalajara por otro. A las formas de enterramientos megalíticos habría que unir los enterramientos colectivos en cueva (Zamora, 1976; Municio y Ruiz Gálvez, 1986), los enterramientos campaniformes en fosa como el de Samboal (Delibes, 1989: 39) o Villar del Campo (Delibes, 1977: 58) y, también, enterramientos individuales en fosa no campaniforme, como el excavado por L. Municio en Villar de Fuentidueña (Segovia).

Al Norte de éste está el foco burgalés de la zona de Sedano, cada día con más posibilidades de unión con ese núcleo en definición de Soria-Segovia. Por ahora no se conocen aquí enterramientos en fosa campaniformes, todos parecen circunscritos a los dólmenes.

El hallazgo y excavación en el centro de la Meseta Norte, en plena cuenca del Duero de testimonios megalíticos, amplió en su momento el mapa de dispersión del megalitismo a zonas que parecían al margen de él (Delibes y otros, 1987). Recientemente G. Delibes y J. del Val han formulado la hipótesis de que en el Valle Medio del Duero, hacia el 3000 a. C., se abandonaría la práctica megalítica en favor de otras formas no megalíticas y, probablemente, menos colectivas que las representadas por los dólmenes. Estas nuevas formas serían el origen de los enterramientos en fosa del horizonte ciempozuelos. Las gentes afines a las facies calcolítica representada por el yacimiento zamorano de Las Pozas, serían para los citados autores, las responsables de este fenómeno, que no se daría en el área salmantina, donde lo megalítico seguirá en boga hasta el Bronce Antiguo (Delibes y Val Recio, 1989: 85). Por otra parte se conoce un enterramiento individual

en fosa, el de Ciguñuela, (Delibes, 1987) y enterramientos campaniformes en fosa, como el de Fuente Olmedo (Martín Valls y Delibes, 1989).

Finalmente, el panorama del Nor-Oeste de la Meseta presenta por ahora una total ausencia de dólmenes, algunas noticias de enterramientos individuales y hallazgos metálicos aislados que tal vez tuvieran que ver con enterramientos (Jimeno, 1988).

A la vista de todos estos datos parece ir quedando claro que durante el Calcolítico y, también, durante el Bronce Antiguo, se dan distintas formas de enterramiento. Y, a la vez, surgen otras cuestiones que solamente con nuevas investigaciones podrán quedar aclaradas. La antigua secuencia, basada en la sencillez de una sucesión: megalitismo-enterramientos individuales, con el campaniforme como factor de la descomposición del enterramiento colectivo, hoy se ve complicada con nuevos datos, que no solamente invalidan ese planteamiento, sino que descubren un panorama mucho más complejo. Por ejemplo, es necesario cuestionarse si los dólmenes son construcciones nacidas todas en un determinado momento o, por representar una forma colectiva de enterramiento muy utilizada durante el Calcolítico, siguieron construyéndose hasta un determinado momento próximo al Bronce Antiguo. Si cada vez que encontramos microlitos geométricos en un dolmen, aunque sea de una forma menos evidente que en el dolmen alavés de San Martín (Barandiaran y Fernández Medrano, 1964) o el túmulo de Villanueva de los Caballeros (Delibes y otros, 1986), pensamos que se trata de un dolmen construido a finales del IV milenio, estaremos admitiendo que la gran mayoría, si no todos los dólmenes de la Meseta Norte, fueron construidos en una misma época y durante un milenio fueron utilizados como panteón. En tanto tiempo o suponemos que existió una fuerte rigidez en la costumbre funeraria o pensamos —ahora ratificado con las nuevas evidencias— que hubo formas alternativas y paralelas. Incluso creer que el dolmen fue la forma más frecuente de enterramiento choca con numerosos problemas, por ejemplo, es difícil explicar por qué motivo son escasos los dólmenes e incluso inexistentes en zonas donde aparece un alto número de yacimientos calcolíticos. Lógicamente pueden haber desaparecido destruidos por las labores agrícolas, de hecho muchos ya no existen por esa causa, pero no se puede esperar que sea ese el motivo en dos zonas próximas y de similar dedicación y, mucho menos, podrá pensarse eso si se miran los mapas de dispersión y se observa cómo la frecuencia va disminuyendo de Oeste a Este. Por otra parte, no parece fácil de explicar el simple hecho de que haya pocos dólmenes o ninguno en zonas como el abulense Valle de Amblés, donde hay fichados unos setenta yacimientos, donde se habitó durante todo el período calcolítico y donde, como es natural y así se comprueba cada vez que se analizan los restos de los enterramientos, la mortalidad era muy alta, sobre todo en las primeras edades. Tanta población, durante tanto tiempo, demandaría un número importante de dólmenes para dar cabida a tantas necesidades. Estos dólmenes o han desaparecido todos, excepto el de Bernuy-Salineru o no existieron. Es verdad que tampoco es grande el número total de casos de otras formas más sencillas de enterramiento conocidas hasta hoy, pero también es verdad que son más difíciles de identificar en una simple prospección e incluso son más fáciles de destruir sin que la destrucción sea advertida. Quizá uno de

los muchos retos futuros que la investigación del Calcolítico tenga que plantearse sea la de explicar quiénes eran enterrados en los dólmenes y quiénes no en un mismo territorio, es decir, si el dolmen es el símbolo de una élite que se hacía enterrar más ostentosamente o no. Parece necesario, también conocer —aunque sea muy difícil en la realidad— si el dolmen tiene el mismo sentido y la misma simple función que nuestros cementerios actuales, es decir, la de agrupar pura y simplemente a todos los fallecidos de un lugar en un mismo sitio o, por el contrario, es un monumento destinado a unas gentes determinadas que se harán enterrar allí a lo largo de los siglos, exactamente igual que otros, por diferentes motivos, se harían enterrar en fosas, en túmulos o incluso utilizando rituales al margen de la inhumación, como probablemente estén indicando los cráneos humanos hallados en la excavación del yacimiento calcolítico de Los Itueros (Sta. M.^a del Arroyo, Avila), dentro de las ruinas de una cabaña, sin que se trate de un caso de aniquilamiento «in situ» (Fabián, 1992) o el mismo caso de Aldeagordillo citado por J. J. Eiroa que encontró un cráneo en un contexto que al parecer no era funerario (Eiroa, 1973: 239). Es decir que en ese caso el dolmen no tendría el carácter colectivo de nuestros cementerios actuales, sino que representaría la misma individualidad que un enterramiento individual en fosa simple, pero dentro de un espacio definido. El hecho de que las deposiciones fueran ocasionales, privaría al dolmen del carácter de tumba colectiva, con lo que eso conlleva: panteón de todo un pueblo, etc.

Lo cierto es que al menos hacia el 2100 a. C. se practicaban otras formas de enterramiento al margen de las dolménicas. La fecha viene dada por los análisis de C-14 en el yacimiento salmantino de La Solana (Navalmoral de Béjar), en el Sur-Este de esa provincia, donde, como ya se ha dicho, fue hallada una cista en pleno poblado. Y si hacemos caso de las estimaciones de H. Larrén y J. de Val para el enterramiento individual en el yacimiento zamorano de Las Cañamonas (San Cristóbal de Entreviñas) antes de ese momento, en el Calcolítico Inicial, ya se llevarían a cabo otras formas alternativas (Larren y Val Recio, 1990: 340). En el 1880-1830 a. C. sitúa el C-14 la ya citada tumba colectiva en fosa de El Tomillar (Bercial de Zapardiel), en el Norte de la provincia de Avila con trece individuos inhumados (Fabián, 1992). Entre la fecha de La Solana y la de El Tomillar podemos decir por ahora con seguridad que existieron otras formas de enterramiento en un territorio en el que forzosamente los yacimientos mantenían contactos (entre La Solana y El Tomillar hay poco más de un centenar de kilómetros).

Si al menos entre el 2200 y el 1800 a. C. ya se practicaban formas de enterramiento colectivas e individuales sin monumentalidad, también es cierto que los dólmenes en ese tiempo se utilizaban. Así lo prueba el de El Prado de las Cruces, en Bernuy-Salinero, a tan sólo 6 Km. de Aldeagordillo y poco más de medio centenar de El Tomillar. El dolmen del Prado de las Cruces viene a demostrar claramente la diversidad de ideas funerarias existentes en una misma zona y, por tanto, la nulidad de la idea de una secuencia en la que a lo megalítico suceda la tumba individual. La excavación de este dolmen mostró que había sido violado en numerosas ocasiones a lo largo del tiempo, por tanto la cantidad de material no fue mucha, pero sí fue suficientemente ilustrativa como para hacer pensar que

pudo ser construido a finales del IV milenio por el hallazgo de geométricos, que fue utilizado durante el Calcolítico Pleno, como muestran las cerámicas decoradas, las puntas de flecha y las propias formas de los vasos y que en el Calcolítico Final y Bronce Antiguo se enterraba todavía, como mostraron los posibles fragmentos de campaniforme marítimo, los fragmentos con decoración puntillada geométrica (Fig. 7, N.º 6 a 9) o la chapita de oro que suele acompañar a los ajuares del tipo ciempozuelos. Pero probablemente no terminó allí su utilización ya que aparecieron elementos que apuntan hacia el Bronce Pleno y otros que se sitúan con claridad en el Bronce Final, como varios fragmentos de cerámica con decoración a base de técnica de boquique (Fabián, 1988). Pero si pudiera creerse demasiado baja la fecha de 1800 a. C. de El Tomillar, es decir, ya en un momento de teórica descomposición de lo megalítico o demasiado lejano en el espacio el yacimiento de La Solana con una cista en el 2100 a. C., podemos citar el ya mencionado caso de El Ollar, en Don Hierro (Segovia), a una veintena de kilómetros de El Tomillar, donde son conocidas varias inhumaciones con ajuar (Delibes, 1988). Este yacimiento, del que se tiene buena información en cuanto a su cultura material, es en todo similar al abulense ya citado de Los Itueros, al que las dataciones radiocarbónicas sitúan entre el 2400 y el 1900 a. C. Por lo tanto en pleno uso del dolmen del Prado de las Cruces se enterró en El Ollar de Don Hierro, en El Tomillar de Bercial de Zapardiel e incluso a 6 Km. de él, en el Túmulo 1 de Aldeagordillo, también en Pajares de Adaja, a 30 Km. al Norte (Martín Valls, 1971) o en la fosa campaniforme de Valdeprados, excavada recientemente en las inmediaciones de la capital abulense e inédita todavía (Gómez y Sanz, 1991). Y todo ello descartando, como se ha visto al citar su larga secuencia, que estuviera arruinado y no permitiera rituales en él. Quiere esto decir, también, que paralelamente a los enterramientos campaniformes que se llevaban a cabo en el dolmen del Prado de las Cruces, en las inmediaciones se llevaban a cabo otros igualmente con ajuar campaniforme, pero en construcciones más sencillas, exactamente lo mismo que habría venido sucediendo antes de la aparición del campaniforme.

Y al hilo de todo ello habrá que cuestionarse seriamente si no tendrán el mismo sentido y obedecerán a la misma continuidad los enterramientos del Bronce Pleno y Bronce Final que aparecen en los megalitos, es decir si no responderán a los mismos motivos que llevaron a enterrar en los dólmenes con ajuares campaniformes hasta épocas tardías. Algunos autores plantearon en ese momento la intrusión que el campaniforme representaba en los dólmenes creyendo ver en la tumba individual que iba implantándose un rasgo de modernidad que se impondría durante el Bronce Medio y Final. Otros, valorando la frecuencia de éstos en cada dolmen que era excavado metódicamente, dudaron de que se tratara de una intrusión (Delibes y Santonja, 1987). Lógicamente si se tomaban como intrusiones los enterramientos campaniformes en dólmenes, no podían considerarse menos los del Bronce Medio y Final. Pero sucede que si el campaniforme es un hecho habitual cuando se excava un dolmen, lo son casi con la misma intensidad los elementos correspondientes al B. Medio y Final; así lo demuestran las estadísticas: once son los casos excavados en los últimos tiempos o al menos los que han sido publicados de una forma u otra. Los datos que aportan la mayoría son incompletos por estar todos

muy violados, pero, lógicamente, el valor de los datos que en ellos están presentes son válidos a la hora de calcular valores de conjunto. Entre ellos puede incluirse, aunque no sea un dolmen o no lo pareciera en el momento de su excavación, el de Coto Alto, en La Tala, Salamanca (López Plaza, 1984). De esos once casos, cinco han proporcionado datos que apuntan hacia una continuidad cultural que termina en el Bronce Medio/Final: Las Arnillas (Delibes y otros, 1986), Prado de las Cruces (Fabián, 1988), La Ermita de Galisancho (Santonja, 1987), Coto Alto (López Plaza, 1984) y La Veguilla (Benet, 1984; Esparza, 1990: 119). Cuatro parecen interrumpir su secuencia después del campaniforme, coinciden en ser —excepto el de Las Arnillas— de los que menos materiales aportaron: el dolmen de Carrascosa en Soria (Jimeno y Fernández Moreno, 1991), el de Cubillejo de Lara (Osuna y otros, 1971) y el de Porquera de Butrón (Osaba, 1971). Otros dos, los del Duero Medio de Los Zumacales (Delibes y otros, 1987) y El Miradero (Delibes y otros, 1986), se quedarían en los albores del Calcolítico. Los que llegan al Calcolítico, conocen el campaniforme. Si a todo esto se unen los datos aportados por las excavaciones del Padre Morán en los dólmenes de las provincias de Salamanca y Zamora (Morán, 1930 y 1935), se obtiene un número mayor de casos. Así, al menos en los dólmenes zamoranos de Casal del Gato, San Adrián, La Vega, Peñezuelas y Piedra Hincada y en el salmantino de Santa Teresa 1, aparecieron restos de cerámicas correspondientes al Bronce Medio/Final. Habrá que tener en cuenta que el número de casos con estos elementos sería probablemente mayor, dado que la metodología de campo utilizada por el Padre Morán no tenía el rigor de la actual y, como ha quedado patente en la reexcavación de alguno de aquellos dólmenes, por ejemplo la llevada a cabo por el Museo de Salamanca en el Teriñuelo de Aldeavieja de Tormes, numerosos materiales no eran advertidos por los excavadores e incluso no se excavaba el dolmen en todas o en la mayoría de sus partes.

Todos estos casos y los que sin duda se sumarán a ellos en el futuro son ya suficientes como para cuestionar, también, si esos enterramientos considerados como tardíos en los dólmenes son intrusiones o responden a una continuidad. Verdaderamente considerarlo como probable no es tan descabellado si se atiende a las siguientes razones:

— 1.º Es evidente que en la Meseta Norte hay una continuidad desde el Calcolítico hasta el Bronce Final. El hecho, perfectamente admitido por todos de que la cerámica característica de Cogotas I tenga su raíz en el campaniforme ciempozuelos, está abalando firmemente esa continuidad. Circunstancias como las vistas para Los Tolmos de Caracena, donde a materiales del momento acompañan otros característicos de etapas anteriores (Jimeno, 1984), vuelven a certificar esa continuidad. En todo ese largo camino desde el Calcolítico precampaniforme a Cogotas I no parece haber rupturas. La aparición de la cerámica campaniforme no supone en absoluto una ruptura en los poblados ni tampoco en las formas de enterramiento, al contrario de como se pensó en otro tiempo; hoy parece evidente que la costumbre de enterrar en fosas al margen de los dólmenes, no fue precisamente una invención relacionada con lo campaniforme, sino que ya existía antes; ni tampoco fue apropiada por quienes se hacían enterrar con tales ajuares, ya que otros con los mismos ajuares eran enterrados en dólmenes. Por tanto nada en cuan-

to a la base de las costumbres funerarias supuso la aparición de las cerámicas campaniformes. En los yacimientos abulenses y salmantinos del reborde Norte de la Sierra de Gredos no parece haber apenas diferencias entre aquellos poblados donde aparece campaniforme y donde está ausente, así se ha constatado claramente en dos poblados inmediatos en el espacio y claramente iguales en la cultura material, como son La Peña del Aguila de Muñogalindo (López Plaza, 1974 y 1979) y Los Itueros, en Sta. M.^a del Arroyo, en el que se llevaban actualmente excavaciones.

Sí es verdad que no aparecen apenas secuencias donde se vea la imbricación entre el campaniforme y la cerámica de Protocogotas; solamente un caso por ahora y en cueva, la de Arevalillo de Cega (Fernández-Posse, 1981). Pero está fuera de dudas que aunque no aparezcan estratigrafías horizontales hay total enlace entre un Bronce Antiguo, donde la cerámica campaniforme forma parte del bagaje cultural, y el Bronce Medio/Final, donde esta cerámica se ha transformado ligeramente desde las bases y ha cobrado, quizá, un significado leve o profundamente diferente respecto del que tuvo. Es evidente que iban produciéndose avances técnicos en los poblados, incorporados probablemente por influencia externa, pero hoy nadie duda ya de la fuerte cohesión en las culturas de la Meseta Norte hasta el Hierro I, en el que sí se aprecian cambios de mentalidad que indican una ruptura. Y, curiosamente, esos cambios de mentalidad sí se hallan estratificados, como lo demuestran los yacimientos abulenses de Los Castillejos de Sanchorreja, Las Cogotas o el recientemente descubierto de la Tejada en Orbita, con una interesante secuencia desde Cogotas I hasta el final de la Edad del Hierro.

La Meseta Norte no debió mantenerse al margen de lo que estaba sucediendo en el resto de la Península en cuanto a progresos y ciertas modas, pero tomando de todo ello algunos elementos, mantuvo una fuerte cohesión cultural a lo largo de, al menos, milenio y medio, que es la explicación, probablemente, de hechos como la aparición, nada casual, de cerámicas de Cogotas I en los dólmenes.

— 2.º Observando detenidamente todos los hallazgos conocidos en la Meseta Norte desde el Calcolítico hasta el Bronce Final, se verá cómo se dan las mismas circunstancias en un período y en otro. En todas las fases en que hoy subdividimos el espacio temporal entre el 2400-2300 y el 800 a. C., encontramos la misma situación: enterramientos individuales de dos o tres personas juntas y enterramientos en dólmenes, es decir en panteones colectivos, sean o no contemporáneos. Los enterramientos vistos en Los Tolmos de Caracena (Jimeno, 1984; Jimeno y Fernández Moreno, 1991), San Román de la Hornija (Delibes, 1978) o Renedo de Esgueva (Wattenberg, 1957), junto con los ya señalados en los dólmenes salmantinos, zamoranos, burgaleses y abulense, presentan una situación similar a la que se conoce para el Calcolítico o el Bronce Antiguo. Si a esto se añaden los factores que indican continuidad explicados en el punto anterior, habrá que admitir, siempre basados en lo que conocemos hasta hoy, que durante todos esos 1.500 años hay también una continuidad en lo que a los enterramientos se refiere, es decir, la forma de enterramiento no era una sola, sino varias. Su causa es lo que debemos averiguar en el futuro. De momento por lo que concierne a Aldeagordillo, podemos decir que lo campaniforme recibe el mismo trato que los demás

en cuanto a la elección del tipo de tumba. Por lo tanto no parece adecuado seguir pensando que existió un deseo de distinción en los enterramientos campaniformes haciéndose enterrar individualmente, ya que hay enterramientos en el corredor de los dólmenes, en un túmulo no megalítico o agrupando restos de al menos tres individuos, como en el Túmulo 1 de Aldeagordillo. La distinción vendría dada por el propio de la cerámica campaniforme y, a veces, de determinados elementos metálicos que la acompañan, pero no en el tipo de tumba.

EL HALLAZGO DE ALDEAGORDILLO Y EL MUNDO CALCOLITICO-BRONCE ANTIGUO EN EL SUR-OESTE DE LA MESETA NORTE

Si como anteriormente se ha dicho, en los últimos años ha aumentado en la Meseta Norte de una forma sustancial el número de testimonios funerarios correspondientes al Calcolítico-B. Antiguo, en una proporción mayor las prospecciones llevadas a cabo han aportado datos sobre el horizonte campaniforme y su incidencia dentro de los contextos generales del Calcolítico-B. Antiguo. Ello permite, si no explicar su verdadero significado, sí avanzar hacia esa meta.

Curiosamente la mayoría de los hallazgos conocidos hasta el momento lo son de superficie. Únicamente S. López Plaza deja constancia de la presencia campaniforme en el Nivel I del yacimiento excavado por ella a principios de los años setenta de La Peña del Aguila, en Muñogalindo (López Plaza, 1978: 19), yacimiento en el que años antes, al margen de excavaciones metódicas, habían aparecido más casos (López Plaza, 1974). Ni en las estaciones abulenses de La Teta (Gilbuena), Los Itueros (Sta. M.^a del Arroyo) o el Alto del Quemado (Narrillos del Alamo), ni en la salmantina de La Solana (Navalmoral de Béjar), todas de reciente excavación, ha aparecido cerámica campaniforme. La Teta está fechada por C-14 en el 2390-2025 a. C., La Solana en el 2110; Los Itueros abarca entre el 2400 y el 1900 a. C. y el Alto del Quemado entre el 2090 y el 1860 a. C. (López Plaza, 1991: 57). Son pues los hallazgos de superficie —dejando al margen los funerarios— los que permiten hablar por ahora del campaniforme en el S.O. de la Meseta Norte. Todos ellos han aparecido en contextos claramente calcolíticos, contextos que no son diferentes en apariencia de otros donde no hay, por el momento, esa cerámica.

En los yacimientos situados en las estribaciones de las Sierras de Gredos y Béjar, cuyo número de casos conocidos es ya considerable, no se aprecian a simple vista diferencias entre lugares con campaniforme conocido y en los que no se conoce. En el poblado de La Teta, en la cercanías del Valle del Tormes, tres campañas de excavación en una única ocupación han proporcionado abundantes datos de un Calcolítico conocedor de cobre, similar a contextos altoextremeños como el Cerro de la Horca, en Plasenzuela (González Cordero y otros, 1988) con cerámicas a la almagra, decoraciones de pastillas repujadas, peinadas y triángulos incisos, aunque sin platos de borde almendrado característicos de aquellas zonas. El C-14 fecha La Teta, como ya se ha señalado, entre el 2390 y el 2025 a. C. No ha aparecido campaniforme. En el citado Cerro de la Horca la cerámica

campaniforme coincide con el momento final. Sin embargo a poca distancia de La Teta, en Los Hontanares (Vallehondo) y en el conocido de La Mariselva (Maluque de Motes, 1958: 23) aparece campaniforme en superficie. Los tres yacimientos coinciden en cuanto a la cultura material. En La Solana (Navalmoral de Béjar), a 20 Km. al Oeste de La Teta, en tierras salmantinas, tres campañas de excavación han aportado datos sobre un poblado con cultura material muy pobre, cabañas pseudo-circulares con hogar central de barro y reborde peraltado, cerámica muy tosca con decoración acanalada, triángulos rellenos de puntos e incisiones cortas en el borde y la cista ya citada dentro del poblado. Ha dado fechas de C-14 de 2100 a. C. La cerámica campaniforme está totalmente ausente.

En las inmediaciones de la capital abulense, en Los Itueros, dos campañas de excavación han permitido conocer un calcolítico similar al que se ha dado en llamar «tipo Las Pozas». Caracterizan a Los Itueros las cerámicas en tonos oscuros y superficies generalmente bruñidas, con formas frecuentemente cerradas o con tendencia a ello, decoraciones a base de pastillas repujadas en relieve, cordones plásticos con incisiones, oculados, acanaladuras típicamente neolíticas, punteados en la zona del borde, etc., una metalurgia más rica en tipos y avanzada que la normalmente conocida en la zona, reducida prácticamente a punzones y cabañas circulares con hogar central (Caballero y otros, 1990). Lo aportado por este yacimiento es asimilable prácticamente en todo lo expuesto por S. López Plaza para el vecino de La Peña del Aguila en Muñogalindo (López Plaza, 1974 y 1978) y lo visto en Aldeagordillo, tanto en las excavaciones de Eiroa (1973) como en las ahora llevadas a cabo en el Túmulo 1.

En todos estos poblados excavados no ha aparecido campaniforme hasta el momento a pesar de coincidir la cultura material en líneas generales con la de aquellos lugares donde sí ha sido hallado y a pesar de coincidir, también, con la cronología en la que se ha supuesto que había empezado a circular por la Meseta Norte. Al menos tres razones pueden ser las causantes de este hecho: que esos poblados fueran abandonados antes de la llegada del campaniforme; que, por la razón que fuera, no interviniera ese tipo de cerámica en la vida de ellos, aunque en otros cercanos sí estuviera presente o, como tercera posibilidad, que fuera escaso, como puede ser que fue de hecho en los poblados y su ausencia se deba por ahora, simplemente, a que no se ha dado con él todavía en las excavaciones. La frecuencia cada vez mayor de poblados con esa cerámica, aparezca de una forma o de otra, parece indicar que fue un fenómeno que afectó a la mentalidad general durante un tiempo determinado, es decir, su significación y su uso debió ser general y el que lo hallemos en unos poblados y esté ausente en otros, debe responder solamente a razones al margen de su significado y generalización.

Un detalle merece la pena ser señalado: el campaniforme en el S.O. de la Meseta Norte o no aparece en los yacimientos excavados o está presente solamente en las capas superficiales, en un controvertido momento de difícil interpretación, ya que podría corresponder tanto a los últimos momentos de la vida del poblado, como a una breve ocupación posterior. Este hecho unido a que en poblados excavados, como los anteriormente citados, no aparezca a pesar de su cronología, hace pensar en la posibilidad de que una serie de asentamientos fueran abandonados

coincidiendo con la introducción de esa cerámica en la zona. Claro que la potencia de los niveles de ocupación en los yacimientos de esta zona es siempre tan reducida que este hecho podría responder, quizá, a razones puramente casuales. En el S.O. de la Meseta Norte no se tiene noticia de yacimientos donde el campaniforme haya aparecido en niveles intactos o dentro de una estratigrafía en la que se vea su origen y su desarrollo, como en los del S.E. peninsular, por ejemplo. Pensar que el abandono de los asentamientos fue provocado a raíz de la llegada de esas cerámicas, sería demasiado arriesgado por el momento y tendría, incluso, algunas connotaciones que reavivarían viejas teorías hoy consideradas como caducas. Sin embargo es necesario constatar el hecho y abundar sobre su frecuencia, por si las futuras investigaciones encuentran por ese lado un nuevo frente encaminado al esclarecimiento de un elemento tan enigmático como es el campaniforme y su trasfondo.

Poco a poco los nuevos hallazgos van permitiendo identificar algunos de los elementos que, o bien acompañan directamente al campaniforme cuando éste aparece en conjuntos cerrados, o bien aparecen asociados a él cronológicamente. Este avance permite aportar algún dato nuevo sobre el hecho que he enunciado anteriormente.

La fecha más baja de C-14 de Gilbuena (2010 a. C.) estaría en los límites de la aparición de ciempozuelos en la Meseta. En las tres campañas de excavación llevadas a cabo no apareció nada que parezca asociado en otros yacimientos con él. En La Solana (2100 a. C.) únicamente desentonan de un monótono conjunto cerámico a base de cuencos y ollas esféricas, algunos fragmentos —muy escasos— carenados, que como a continuación se verá, aparecen asociados normalmente con el campaniforme en la zona. Tanto el yacimiento de La Teta, como el de La Solana, pertenecen a las estribaciones de la Sierra de Béjar, mientras que a los que me referiré a continuación están más vinculados a las estribaciones orientales de la Sierra de Gredos, perteneciendo al abulense Valle de Amblés. Unos y otros, a pesar de su proximidad, se corresponden con facies calcolíticas muy diferentes, más conectadas con la zona extremeña los de la Sierra de Béjar y con los contextos generales del Valle medio del Duero los del Valle de Amblés.

En Los Itueros, cuyas fechas de C-14 están en torno al cambio de milenio, tanto hacia un lado como hacia el otro, el ambiente general es diferente en todo a La Solana y a La Teta. Aquí se observa claramente cómo una cierta parte de los elementos que aparecen están directamente asociados ya en otros yacimientos al campaniforme, tanto se trate de yacimientos cercanos como de aquellos más lejanos cuyas secuencias han sido emblemáticas para la explicación de ciertos procesos culturales, como los del S.E. En Los Itueros, en la zona de contacto entre la capa superficial y el nivel de habitación, que es único, aparecieron algunos elementos claramente desentonantes con la línea general de la cultura material del yacimiento. Se trata, en particular, de ciertos tipos de cazuelas con carena baja o media-baja y borde abierto, vasos carenados de perfil en S, una punta de pedúnculo y aletas bien desarrolladas y escasísimos fragmentos, pero presentes, de labios con incisiones. Con esos elementos termina en Los Itueros la habitación en el Sector 1. No es necesario insistir ahora sobre la frecuente asociación de

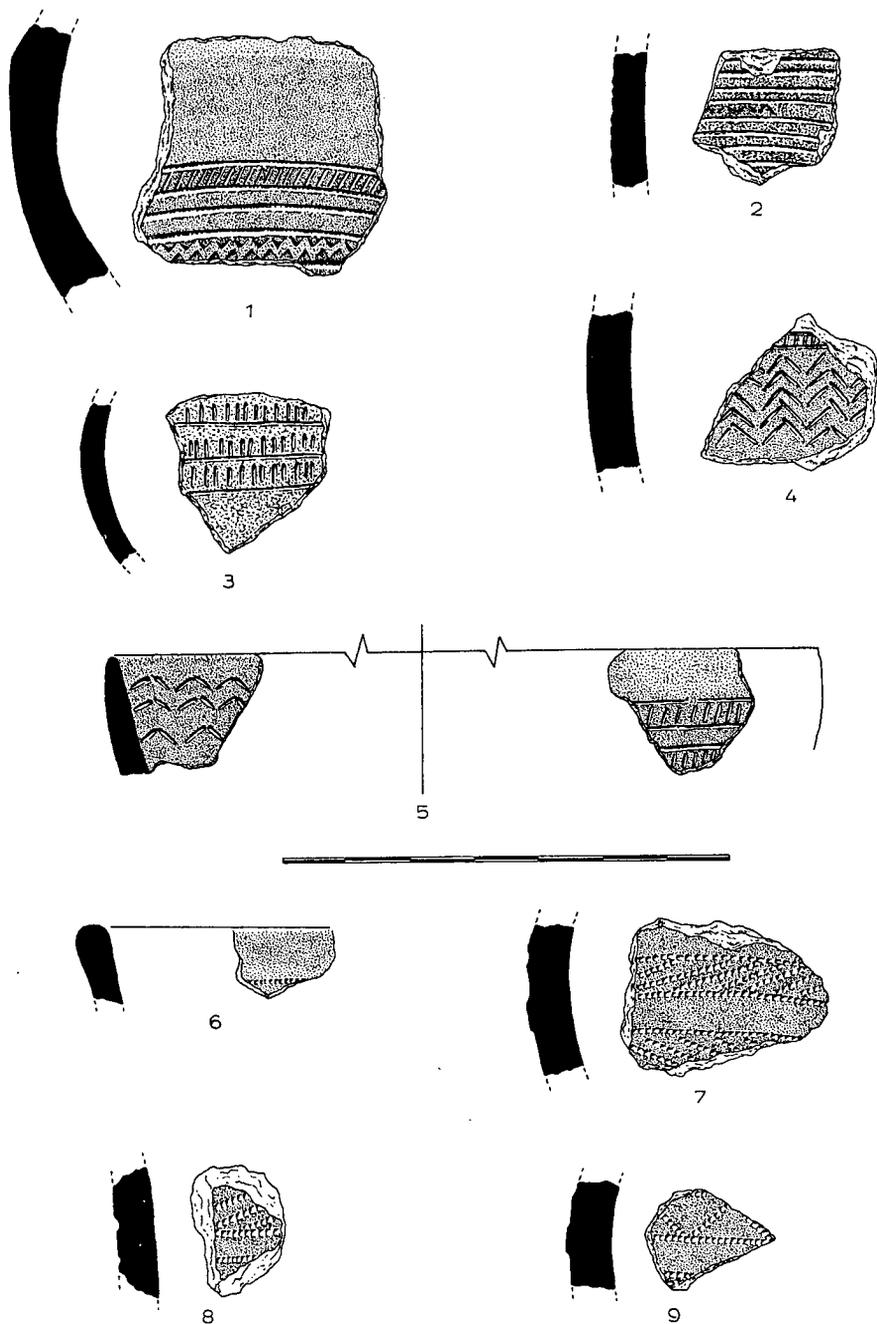


Fig. 7. Campaniformes inéditos de la provincia de Avila. N.º 1. «Los Hontanares» (Valle-hondo).—N.º 2. «Las Cabezuelas» (Hoyorredondo).—N.º 3 y 5. El Collado.—N.º 4. «Canto del Romo» (Malpartida de Corneja).—N.º 5 a 9. Dolmen del Prado de las cruces (Bernuy-Salineru).

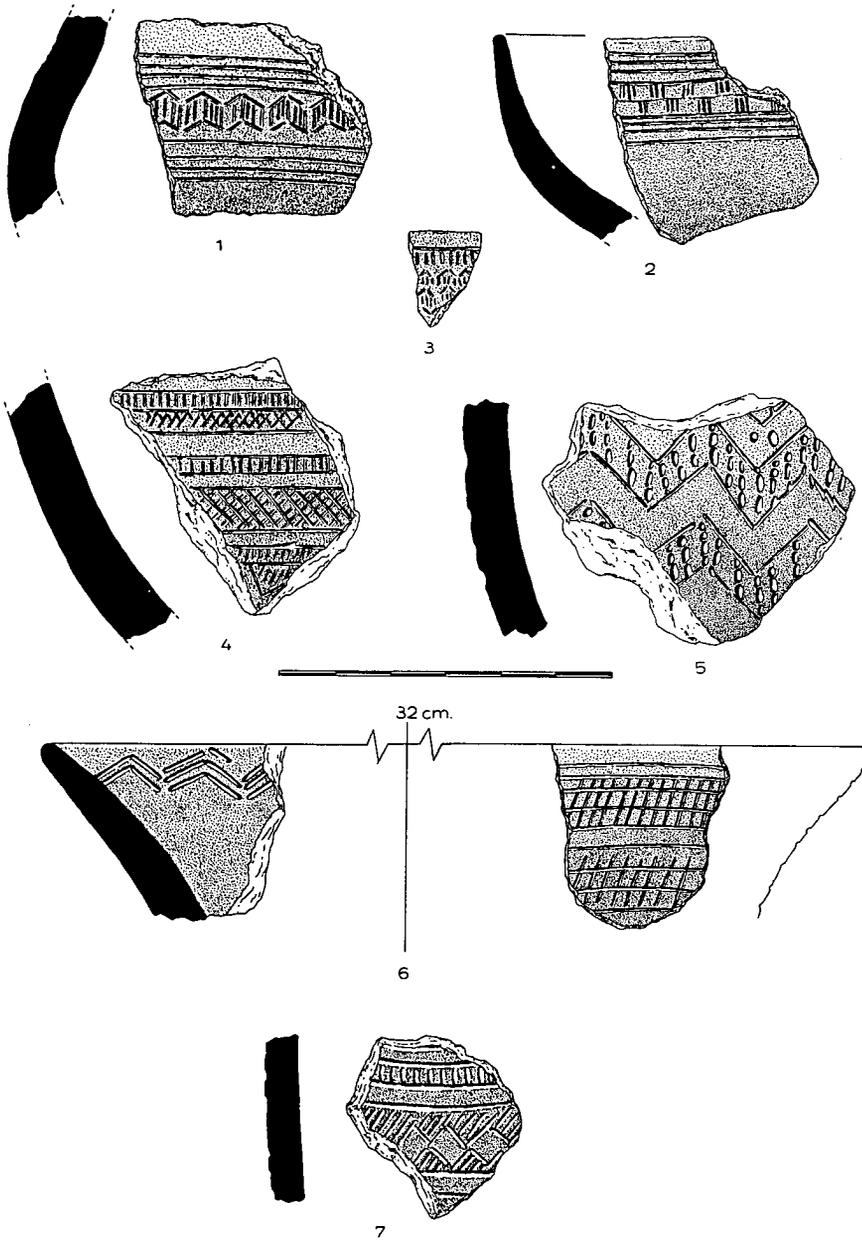


Fig. 8. Campaniformes inéditos del Valle de Amblés (Avila). N.º 1 a 3. «Sonsoles» (Avila).—N.º 4. «La pared de los Moros» (Niharra).—N.º 5. «Cantos gordos» (Muñochas).—N.º 6. «Cantera de Halagas» (La Collilla).—N.º 7. «El Bardalejo» (Baterna).

puntas de pedúnculo y aletas con ajuares campaniformes. Bastará decir que en el S.O. de la Meseta Norte no es un tipo de punta usual hasta bien entrado el Calcolítico, así lo corroboran Los Itueros, donde entre un número cercano a la veintena, sólo se cuenta con la mencionada y, como ya se ha dicho, al final de la habitación del poblado (Caballero y otros, 1990). De un modo igualmente escaso, aunque sin posición estratigráfica, aparecen en el yacimiento de La Serna-Cantazorras, en Don Hierro, Segovia, de donde proceden los referidos enterramientos de El Ollar (Delibes, 1988); allí fueron halladas por J. García Villalba

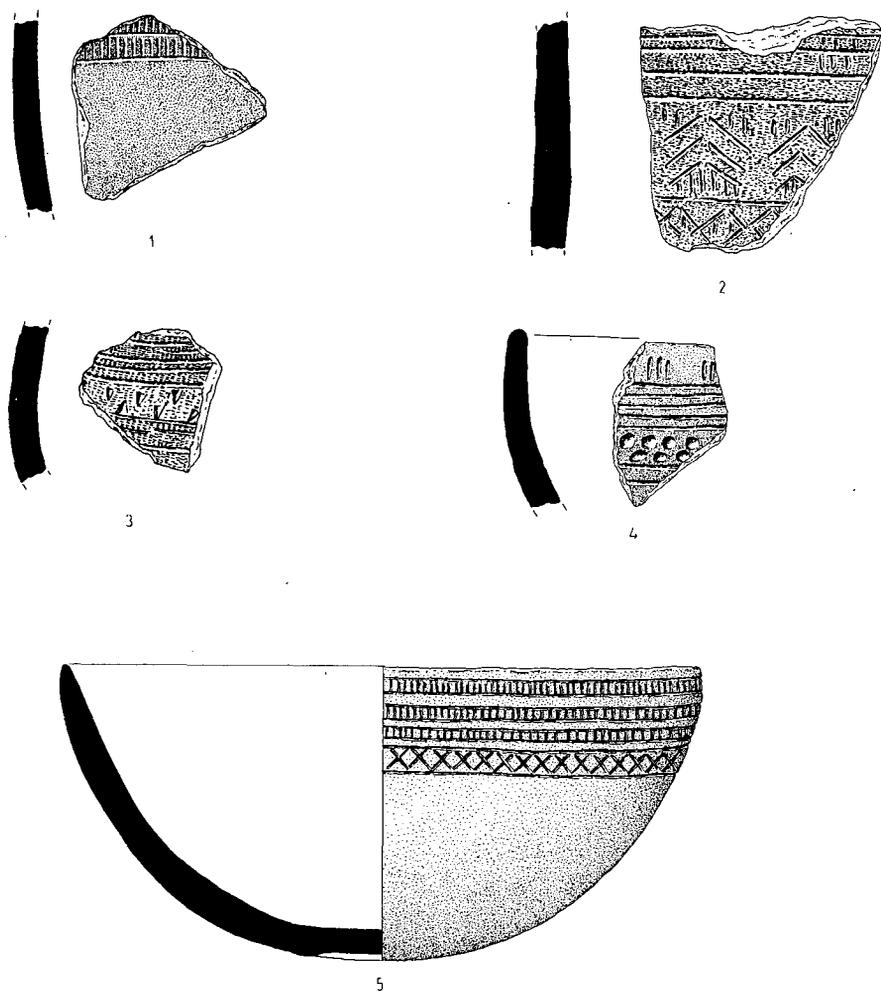


Fig. 9. Campaniformes del Valle de Amblés (Avila). N.º 1. «Las largas» (Blacha).—N.º 2, 3 y 4. «La Peña del Aguila» (Muñogalindo).—N.º 5. «La Ladera-El Chaparral» (Padiernos).

entre un importante volumen de material. La similitud entre este yacimiento y Los Itueros es total. En La Teta y La Solana, entre un número importante de casos, no aparece ni una sola. En el poblado zamorano de Las Pozas están presentes en la Fase V, siendo a partir de la VI A cuando aparecen los vasos carenados, que irán levemente en aumento hasta el final de la secuencia (Val Recio, 1983: 110); este yacimiento está fechado por radiocarbono en los niveles superiores en el 2145 a. C. (Delibes y Val Recio, 1990). Aparecen también en un contexto similar en el yacimiento vallisoletano de Los Cercados de Mucientes (Herrán, 1986), fechado por C-14 en el 2020 a. C. (Herrán y Santiago, 1989: 205). De todo lo expuesto quizá haya que extraer la conclusión que aporta la ausencia total en La Teta y La Solana y la presencia sólo al final en Los Itueros y Las Pozas. Puede pensarse, por tanto, que es un elemento tardío en el Calcolítico de la M. Norte y así lo corrobora, también, su asociación con los enterramientos ciempozuelos manifestada con cierta frecuencia (Martín Valls y Delibes, 1989; Barandiaran, Fernández Medrano y Apellániz, 1964; Barandiaran y Fernández Medrano, 1964; Apellániz y Nolte, 1969).

Respecto a las cazuelas de carena baja y media-baja y los vasos carenados de perfil en S que aparecen sólo en los últimos centímetros del relleno estratigráfico de Los Itueros, hay que decir, como de las puntas de pedúnculo y aletas, que parecen ser representativas de la última fase calcolítica. Uno de los tipos vistos para Los Itueros —la cazuela de carena media con borde abierto— aparece también en el enterramiento campaniforme con ajuar metálico completo y vasos lisos, recientemente excavado en el yacimiento de Valdeprados (Aldea del Rey Niño, Avila), entre la tierra que rellenaba la fosa, junto con bastantes fragmentos de ciempozuelos, arrojados allí intencionadamente (Gómez y Sanz, 1991). Esta asociación aparece, también, en el lugar vallisoletano de Arrabal de Portillo; además, hay en este yacimiento vasos troncocónicos con base plana reducida, similares a uno aparecido en la misma posición que las citadas cazuelas en Los Itueros (Fernández Manzano y Rojo Guerra, 1986: 47 n.º 1 y 59 n.º 2). Mucho más lejano pero digno de tenerse en cuenta por las peculiaridades del yacimiento es lo que aparece en el Cerro de la Virgen de Orce (Granada), en los niveles de la Fase II, fechados por C-14 entre 1490 y 1850 a. C., donde con campaniformes ciempozuelos aparecen también cazuelas de este tipo y, además, algunos otros elementos presentes en el Calcolítico abulense relacionado con Los Itueros, como son los labios cerámicos con abultamiento vertical que le da un perfil ondulado (Schule y Pellicer, 1966). Esta particularidad está presente también en momentos posteriores en los yacimientos del Norte de la provincia de Avila, como El Tomillar, de Bercial de Zapardiel, fechado por C-14 en torno al 1800 a. C. (Fabián, 1992) y en otros puntos algo más lejanos, también con fechas del Bronce Antiguo, como El Cerro del Castillejo en Cuenca (Martínez Navarrete y Valiente Cánovas, 1983).

Finalmente, hay que citar la tímida presencia de labios con incisiones igualmente al final del nivel de ocupación de Los Itueros y presentes, también, entre los fragmentos cerámicos del depósito funerario de Valdeprados, en Arrabal de Portillo y la Fase II A de Orce.

Queda, pues, bien patente que Los Itueros tiene su final cuando algunos ele-

mentos nuevos empiezan a llegar. Que su abandono esté motivado por ello no parece fácil de demostrar, probablemente porque no constituirían esos elementos un fenómeno de ruptura, aunque llame la atención en lo hasta ahora investigado, que con su llegada, o inmediatamente antes, se abandonan asentamientos. El campaniforme parece, más bien, un aspecto ideológico que se extiende fácilmente por todos los asentamientos, que algo con capacidad y organización suficiente como para que pueda provocar rupturas. En cuanto a los otros elementos que le acompañan cuando aparece en los poblados y que muchas veces quedan eclipsados por la importancia que le damos a las cerámicas campaniformes (cazuelas carenadas, labios incisos, etc.), quizá sean producto de la intercomunicación a corta y larga distancia que se establece como consecuencia de la fuerza y la solidez con que se extiende un fenómeno que para nosotros personaliza la cerámica campaniforme.

El yacimiento de Los Itueros y el de Aldeagordillo, ya sean en éste a base de los datos aportados por Eiroa o por los conocidos a través del Túmulo 1 con todas sus connotaciones, son semejantes prácticamente en todo, por lo que se complementan a la hora de ofrecer información sobre el final del Calcolítico y el Bronce Antiguo en el S.O. de la Meseta Norte. La cerámica y la industria lítica hallada en las tierras del túmulo y también en los ajuares externos a la cámara, conectan directamente a Aldeagordillo y Los Itueros, con lo cual sabemos que sobre aquella cultura, con todos sus elementos, se situó el fenómeno campaniforme. Lo que sucedió a partir de ese momento no está suficientemente estudiado. Sí sabemos que hacia 1400 a. C. ya estaba prácticamente definida en la zona con todos sus elementos lo que se ha dado en llamar ProtoCogotas. Entre la fecha más baja de Los Itueros (1900 ± 100 a. Cr.) y la más alta en la zona para el Bronce Medio Proto-Cogotas, la del todavía inédito Castillo de la Corvera, en Navalморal de Béjar, provincia de Salamanca (1405-a. C.), hay una diferencia de 495 años. Ese espacio es en este momento difícil de llenar por falta de datos. Únicamente contribuyen las excavaciones recientes de El Tomillar, en Bercial de Zapardiel (Avila) y las antiguas llevadas a cabo por don J. Cabré en El Castillo de Cardeñosa, también en Avila, cuyos materiales han sido estudiados mucho tiempo después por C. Naranjo (1984). En El Tomillar, hacia el 1800 a. C., no parecen haberse producido cambios importantes. La cerámica sigue teniendo los mismos tonos, las mismas formas predominantes e incluso idénticos detalles decorativos, como los aludidos labios cerámicos con abultamiento o los reticulados en bruñido inciso que se realizaban en el interior de los vasos. El sílex, sin embargo, parece ser muy escaso, probablemente en concordancia con una cierta decadencia su uso ya manifestaba en Los Itueros y provocada, con toda seguridad, por la creciente utilización del metal, que, como se ha señalado, en Los Itueros muestra ya un panorama más evolucionado que lo visto para los poblados algo más antiguos, cuyo bagaje se reduce a pequeñas leznas de cobre. Pocas diferencias, pues, o ninguna parecen darse al menos hasta avanzado el siglo XIX a. C.; incluso en lo funerario sigue observándose la misma variedad de formas que antes: al lado de lo individual se da lo colectivo, sea en dólmenes o en fosas colectivas como la del Tomillar, aunque aquí la colectividad del enterramiento no sea muy numerosa (13 individuos) en una construcción absolutamente simple como es una fosa circular de 1,50 m. de diámetro.

C. Naranjo, tras estudiar los materiales obtenidos por Cabré en las excavaciones de El Castillo de Cardeñosa, sitúa el yacimiento entre el final del Bronce Antiguo y el Bronce Medio (Naranjo, 1984). En este yacimiento se muestra ya una diferencia muy nítida respecto a lo visto para los poblados calcolíticos y post-calcolíticos. Únicamente el habitat parece responder todavía a la mentalidad calcolítica. Al lado de una metalurgia más rica, aparecen con cierta profusión las cerámicas con cordones digitados y labios incisos e impresos que tanto van a calar en la etapa siguiente y que habíamos visto nacer en la zona hacia el cambio de milenio, probablemente ligados al ciempozuelos. A excepción de estas decoraciones, lo demás es liso, el sílex es escaso, prácticamente relegado a las sierras y se mantienen aún algunos elementos tradicionales como los brazales de arquero y las puntas de palmela. El Castillo parece quedar situado en el momento inmediatamente anterior a la revitalización de la decoración campaniforme ciempozuelos que representa el estilo protoCogotas.

Por todo lo dicho hasta aquí, parece evidente que Aldeagordillo, tanto en lo que se refiere a lo funerario como al poblado que le precede, se enmarca dentro de un Calcolítico Final-Bronce Antiguo bien representado en la mitad Este de la provincia de Avila y emparentado con el Valle del Duero, que ha evolucionado lentamente desde sus bases participando en las innovaciones tecnológicas e ideológicas, como por ejemplo el campaniforme, pero con una fuerte voluntad tradicional que provoca la fidelidad a determinados conceptos, arrastrándola durante siglos. Constituye, por tanto, un fenómeno de cohesión cultural a través de casi dos milenios digno de ser estudiado en profundidad. En ese contexto están inmersos aspectos como el funerario con todas sus particularidades, participando de ese ambiente general de enraizamiento en el pasado y de fortaleza interior que le mantienen con personalidad propia y prácticamente inalterable hasta la llegada de la incineración.

Sin duda las futuras excavaciones en los restantes túmulos de Aldeagordillo constituirán un importante avance en la comprensión del mundo funerario en el Calcolítico-Bronce Antiguo, tanto si se trata de una necrópolis exclusivamente campaniforme, como si se mezclan rituales diferentes de los que hoy parece claro que se dieron en ese momento.

BIBLIOGRAFIA

- ALONSO, P. y otros (1991): «Un inmenso yacimiento del Bronce en Villaverde». *Rev. de Arqueología*. N.º 119: 52-55.
- APELLANIZ, J. M. y NOLTE, E. (1969): «Excavación, estudio y datación por el C-14 de la cueva sepulcral de Kobeaga, Ispaster (Vizcaya)». *Not. Arq. Hispánico*, t. X-XI.
- BARANDIARAN, J. M. y FERNANDEZ MEDRANO, D. (1964): «Excavación del dolmen de San Martín (Laguardia)». *Bol. Inst. Sancho el Sabio*, t. VIII.
- BARANDIARAN, J. M.; FERNANDEZ MEDRANO, D. y APELLANIZ, J. M. (1964): «Excavación del dolmen de El Sotillo (Rioja Alavesa)». *Bol. Inst. Sancho el Sabio*, t. VIII.
- BENET, N. (1984): «*El dolmen de La Veguilla: estudio sobre la cerámica*». Memoria de Licenciatura. Universidad Complutense. Inédita.
- CABALLERO, J.; GARCIA-CRUCES, L. C.; GOMEZ, M. M.; PORRES, F. y SALAZAR, A. (1990): «*Memoria de la excavación de urgencia de Los Itueros (Sta. M.ª del Arroyo, Avila)*». Servicio Territorial de Cultura de Avila.
- DELIBES DE CASTRO, G. (1977): «*El Vaso campaniforme en la Meseta Norte Española*». *Studia Archaeologica XLVI*. Univ. Valladolid.
- (1978): «Una inhumación triple de la facies Cogotas I en San Román de Hornija (Valladolid)». *Trabajos de Prehistoria*, t. 35.
- (1987): «Sobre los enterramientos del grupo campaniforme de Ciempozuelos: diversidad y tradición». En *Origen de la metalurgia en la Pen. Ibérica*, II: 37-51.
- (1988): «El enterramiento calcolítico en fosa de 'El Ollar', Don Hierro (Segovia)». *Espacio, tiempo y forma, Serie I, Prehistoria*, pp. 227-238.
- ; RODRIGUEZ MARCOS, J. A.; SANZ, C. y VAL RECIO, J. (1982): «Dólmenes de Sedano I. El sepulcro de corredor de Ciella». *Not. Arq. Hispánico, Prehistoria*, t. 14.
- y SANTONJA, M. (1986): «*El fenómeno megalítico en la provincia de Salamanca*». Diputación de Salamanca.
- ; ALONSO, M. y RUBIO, P. (1986): «El Miradero: un enterramiento colectivo tardo-neolítico en Villanueva de los Caballeros (Valladolid)». *Homenaje a A. Beltrán*, pp. 227-236.
- ; ROJO, M. y SANZ, C. (1986): «Dólmenes de Sedano II. El sepulcro de corredor de Las Arnillas (Moradillo de Sedano, Burgos)». *Not. Arq. Hispánico*, t. 27.
- y SANTONJA, M. (1987): «Sobre la supuesta dualidad Megalitismo-Campaniforme en la Meseta Superior Española». En *Bell beakers of the western Mediterranean (The Oxford International Conference 1986)*. *BAR Int. Series* 331: 173-206.
- ; ALONSO, M. y ROJO, M. (1987): «Los sepulcros colectivos del Duero Medio y Las Loras y su conexión con el foco dólmenico riojano». En *El Megalitismo de la Pen. Ibérica*. Ministerio de Cultura: 181: 197.
- y VAL RECIO, J. del. (1990): «Prehistoria reciente zamorana: Del Megalitismo al Bronce». *Primer Congreso de H.ª de Zamora*, t. II: 53-101.
- EIROA, J. J. (1973): «Noticia de un yacimiento de la Edad del Bronce en Aldeagordillo (Avila)». *XII C. Nal. Arqueología 1971*: 233-241.
- ESPARZA ARROYO, A. (1990): «Sobre el ritual funerario de Cogotas I». *BSAA*, t. LVI: 106-144.
- FABIAN GARCIA, J. F. (1988): «El dolmen del Prado de las Cruces (Bernuy-Salineru, Avila)». *Rev. de Arqueología* n.º 86: 32-42.
- (1992): «*El enterramiento colectivo en fosa de El Tomillar (Bercial de Zapardiel, Avila) y el mundo funerario Calcolítico-Bronce Antiguo en la Meseta Norte*». (En prensa).
- FERNANDEZ-POSEE, M. D. (1981): «La Cueva de Arevalillo de Cegas (Segovia)». *Not. Arq. Hispánico*, t. 12: 43-84.

- FERNANDEZ MANZANO y ROJO GUERRA, M. (1986): «Notas sobre el yacimiento campaniforme de Arrabal de Portillo (Valladolid)». *Not. Arq. Hispánico*, t. 27: 41-75.
- GOMEZ, J. y SANZ, P. (1991), «Informe sobre la excavación de urgencia en el yacimiento de Valdeprados (Aldea del Rey Niño, Avila)». Servicio Territorial de Cultura. Avila.
- GONZALEZ CORDERO, P.; ALVARADO, M.; MUNICIO, L. y PIÑÓN, F. (1988): «El poblado del Cerro de la Horca (Plasenzuela, Cáceres). Datos para la secuencia del Neolítico Tardío y la Edad del Cobre en la Alta Extremadura». *Trabajos de Prehistoria*, t. 45.
- HERRAN, J. J. (1986): «Los orígenes de la metalurgia en el Valle Medio del Duero. El yacimiento de Los Cercados, Mucientes (Valladolid)». Memoria de Licenciatura Univ. de Valladolid. Inédita.
- y SANTIAGO, J. (1989): «Un puñal de cobre precampaniforme de Muriel de Zapardiel (Valladolid)». *BSAA*, t. LV: 199-207.
- JIMENO, A. (1984): «Los Tolmos de Caracena (Soria)». E.A.E. n.º 134.
- (1988): «La investigación del Bronce Antiguo en la Meseta Superior». *Trabajos de Prehistoria*, t. 45: 103-121.
- JIMENO MARTINEZ, A. y FERNANDEZ MORENO, J. J. (1991): «Los Tolmos de Caracena (Soria). Campaña de 1981 y 1982. Aportación al Bronce Medio de la Meseta». E.A.E. n.º 161.
- (1992): «El dolmen del Alto de la Tejera (Carrascosa de la Sierra, Soria). El fenómeno megalítico en la zona del Alto Duero». (En prensa).
- LARREN IZQUIERDO, H. y VAL RECIO, J. del (1990): «Arqueología preventiva y de gestión (1984-1988). Zamora. Numantia, t. III: 333-346.
- LOPEZ PLAZA, S. (1974): «Materiales de la Edad del Bronce en Muñogalindo (Avila)». *Zephyrus XXV*: 121-143.
- (1978): «Comienzos del Eneolítico protourbano en el S. O. de la Meseta Norte». Resumen de Tesis Doctoral Univ. Salamanca.
- (1979): Aportación al conocimiento de los poblados eneolíticos del S.O. de la Meseta Norte española: la cerámica *Setubal Arqueológica*, t. V: 67-102.
- (1984): «Coto Alto, La Tala (Salamanca): un nuevo yacimiento con cerámica campaniforme y de boquique en la Meseta Norte española». *Arqueología*, n.º 9: 59-67.
- (1991): «Aproximación al poblamiento de la Prehistoria reciente de la provincia de Salamanca». En *Del Paleolítico a la Historia. Museo de Salamanca*, pp. 49-59.
- LOSADA, H. (1976): «El dolmen de Entretérminos (Madrid)». *Trabajos de Prehistoria*, t. 33.
- MALUQUER DE MOTES, J. (1958): «Excavaciones arqueológicas en el Cerro del Berreuco (Salamanca)». Acta Salmanticensia.
- MARTIN VALLS, R. (1971): «Hallazgo de cerámica campaniforme en Pajares de Adaja (Avila)». *BSAA*, t. XXXVII: 397-403.
- y DELIBES, G. (1989): «La Cultura del Vaso campaniforme en las campiñas meridionales del Duero. El enterramiento de Fuente Olmedo (Valladolid)». Monografías del Museo Arqueológico de Valladolid, n.º 1; 2.ª edición aumentada.
- MARTINEZ NAVARRETE, M. I. y VALIENTE CANOVAS, S. (1983): «El Cerro del Castillejo (La Parra de las Vegas. Cuenca)». *Not. Arq. Hispánico*, t. 16: 57-223.
- MUNICIO, L. y RUIZ-GALVEZ, M. L. (1986): «Un nuevo yacimiento neolítico en la Meseta Norte: las cerámicas decoradas de la Cueva de la Nogaleta, Villaseca (Segovia)». *Numantia III*: 143-157.
- NARANJO, C. (1984): «El Castillo de Cardeñosa. Un yacimiento de los inicios de la Edad del Bronce en la Sierra de Avila. (Excavaciones realizadas por J. Cabré en 1931)». *Not. Arq. Hispánico*, t. 19: 35-85.

- OSABA, B. y otros (1971): «El dolmen de Cubillejo de Lara de los Infantes». *Not. Arq. Hispánico*, t. XV: 93-107.
- ; ABASOLO, J. A.; URIBARRI, J. L. y LIZ, C. (1971) «El dolmen de Porquera de Butrón en la provincia de Burgos». *Not. Arq. Hispánico*, t. XV.
- SCHULE, W. y PELLICER, M. (1966): «El Cerro de la Virgen, Orce (Granada)». E.A.E., n.º 46.
- SANTONJA, M. (1987): «Anotaciones en torno al megalitismo del occidente de la Meseta Norte (Salamanca y Zamora). En *Megalitismo en la Pen. Ibérica*. Ministerio de Cultura: 199-201.
- (1991): «Presentación». En *Del Paleolítico a la Historia. Museo de Salamanca: 7-11*.
- VAL RECIO, J. del (1983): «El Calcolítico precampaniforme en el Occidente de la Meseta: el yacimiento de Las Pozas, Casaseca de Las Chanas, Zamora». Memoria de Licenciatura. Univ. de Valladolid. Inédita.
- VIÑE, A.; MARTIN, A. y RUBIO, P. (1990): «Excavación de urgencia en Santioste, Otero de Sariegos». *Anuario 1990. Institución de estudios zamoranos Florián de Ocampo*: 89-104.
- WATTENBERG, F. (1957): «Hallazgos arqueológicos en Renedo de Esgueva (Valladolid)». *BSAA*, XXIII: 189-191.
- ZAMORA, A. (1976): «Excavaciones en la Cueva de la Vaquera. Torreiglesias, Segovia (Edad del Bronce)». Diputación Provincial de Segovia.



1



2

1. El túmulo antes de la excavación, visto desde el Norte.—2. La excavación del túmulo antes de la aparición de las estructuras funerarias, desde el Sur.

LAMINA II



1. Detalle de la piedra cilíndrica hincada al lado de las piedras de la cámara.—2. El túmulo 1 al final de la última campaña de excavación.



1



2

1. Perspectiva del túmulo después de excavado.—2. Posición del ajuar campaniforme dentro de la cista.